

EL VIEJO Y LA NINFA

TERROR


escalofríos
de
TERROR
RI

Si desea suscribirse a nuestras publicaciones, envíenos sus datos personales escritos muy claramente.

Importe 6 números OESTE: 540 Pts.
Importe 6 números TERROR: 600 Pts.

Pagos anticipados con giro postal a nombre de Ediciones Olimpic S.L., Apartado Correos nº 9428, 08080 Barcelona. (No cobramos gastos de envío dentro del territorio nacional)

Colección que desea recibir: ____________________
Nombre: ____________________
Domicilio: ____________________
Población: ____________________
Provincia: ____________________ D.P. __________

(Si desea recibir números anteriores, hágalo constar).

RALPH BARBY

EL VIEJO Y LA NINFA

colección
Escalofríos TERROR nº 36

EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

ISBN: 84-7750-092-4
Depósito Legal: M-12761 —1989

1ª edición: junio 89
1ª edición en América: diciembre 89

Imprime LITOPRINT-GIESA
Distribuye M.I.O.E.S.A.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué vas a hacer, Zara?

Dudo, pensativa. Grace no le quitaba la mirada de encima. Eran amigas entrañables, tantas y tantas noches conversando, contándose sus cuitas, sus amoríos, las frustraciones, guarecidas en aquella habitación de la pensión para universitarios donde se habían organizado no pocas juergas pese a los gritos de protesta de la señora Mildred, la propietaria.

—Vacaciones y volveremos a encontrarnos, y si no nos fallan las fuerzas, pronto seremos licenciadas.

—Y después, el mundo del trabajo nos espera dijo Zara.

—Triunfaremos, ya lo verás, triunfaremos.

—Tú, seguro.

—Y tú también.

Eran grandes amigas pese a que ambas resultaban muy distintas, incluso físicamente.

Zara era más alta, rubia, de pechos opulentos rabiosamente atractivos y caderas amplias que atraían las miradas de los compañeros de estudio. Grace, algo más baja, era delgada y morena, de abundantes cabellos, con un ligero exotismo oriental pese a no llevar sangre asiática.

—Quizás yo no pueda volver.

—No digas tonterías, Zara, tú tienes buenas notas.

—Pero no suficientes para conseguir beca y después de lo que ocurrió...

—Tú no tienes la culpa.

—No quiero hablar otra vez de eso, pero mis padres están muertos y todo lo que tenían, confiscado, no tengo nada, absolutamente nada. Si consiguiera algo para pagarme el curso...

—Yo le pediré a mis padres que te ayuden.

—Por favor, yo no te he pedido tal cosa.

—Ya lo devolverás cuando trabajes.

—Sí, la banca también puede darme un crédito —admitió Zara con un suspiro—. Se ve todo tan distinto ahora que hace unos pocos meses... Grace, eres mi mejor amiga, me has ayudado mucho y ya no sé ni el dinero que te debo.

—Olvídalo —protestó Grace con energía.

—Con tu dinero me has ayudado a terminar el curso, no puedo abusar más de tu bondad ni la de tus padres. Entiéndelo, me siento mal.

—Tú eres mi amiga y estás en problemas, he de ayudarte. En otra ocasión, tú me ayudarás a mí, estoy segura.

Zara la miró con gratitud. Se acercó al armario para ir sacando la maleta y sus ropas. Todo terminaba allí por aquel curso.

—Iré a ver a mí tío Howard, me escribió invitándome a visitarle.

—¿Es un buen tipo tu tío?

—No lo sé, no le conozco aún.

—¿Era hermano de tu padre o de tu madre?

—De ninguno de los dos, era hermano de mí bisabuela.

—Entonces, será muy viejo.

—Sí, debe serlo —admitió Zara—. La verdad es que sólo le he visto una vez en mi vida, era muy pequeña y me impresionó.

—¿Era el clásico abuelo que cuenta batallitas?

—No, todo lo contrario, no le oí una sola palabra. Se fijó en mí, me acarició el rostro y me miró con unos ojos que, pasado el tiempo, aún me cuesta admitir que me asustaron.

—¿Estabais solos?

—No, fue una reunión familiar en una casa de campo, no recuerdo de qué lugar, pero sí me acuerdo bien de los ojos de mí tío bisabuelo. Eran color miel, con vetas escarlata.

—Qué ojos más raros, ¿no? Debió ser el sol o la imaginación de una niña impresionable.

—Es posible. No volví a pensar más en él hasta que escribió para decirme que sabía lo de mis padres y que podía ir a su granja, que sería bien acogida.

—Será muy viejecito, ¿no? Quizás esté en una silla de ruedas y lo que busca es a alguien que le cuide.

—Quizás, pero su carta era correcta.

—Pudo escribírsela alguien. ¿No sería mejor que pensases en

Young? Se ha fijado en ti.

—¿Young? —Dio media vuelta y tomó otras prendas para introducirlas en la maleta—. No es bueno.

—¿Que no es bueno? Es el joven más atractivo que conozco. Si en vez de ti se hubiera fijado en mí, ahora estaría loca de alegría —confesó Grace.

—¿Quieres que te cuente algo de Young?

—Cuenta, cuenta.

Grace se dejó caer sobre la cama, medio tendida, dispuesta a gozar con algún chisme o rumor interesante.

—No se lo he dicho todavía a nadie.

—Estoy sobre ascuas.

—Ya conoces a Young, siempre elegante, coche lujoso, vive bien y si le preguntas de dónde saca el dinero para vivir de esa manera, contesta que hace negocios y tiene representaciones no oficiales.

—¿Es un camello de lujo?

—Quizás sea eso también. Él dice que vende coches usados de lujo o maquinaria, que lo mismo le da, pero miente.

—¿Qué es lo que has averiguado?

Zara se sentó también sobre la cama. Su bellísimo rostro mostró confusión.

—No sé qué pensar.

—Va, desembucha, si te lo quedas dentro del cuerpo para ti sola puede hacerte mucho daño.

—Lo conocimos en una discoteca, Young se relaciona muy bien con todos, es amable y sonriente, un perfecto relaciones públicas, un hombre de éxito. Es posible que ni haya hecho los estudios que da a entender que posee, pero tiene mucho don de gentes.

—No des tantos rodeos, por favor.

—En dos ocasiones me propuso ir a un lugar que él conocía donde íbamos a pasarlo fabulosamente.

—¿Y no te decidiste? —preguntó Grace con los ojos brillantes, como imaginando lo que podía haber sucedido en el caso de aceptar Zara la invitación del apuesto Young.

—¿Te acuerdas de Jennie?

—¿Jennie? Sí, claro, pero hace mucho que se fue, ¿no?

—Sí, hace mucho. La encontré un día en un área de servicio de la autopista. Yo había tomado un sandwich y fui a los lavabos para

arreglarme algo la cara, me sentía horrible. Ya sabes, cuando viajas te ves fatal.

—¿Estaba Jennie allí?

—Sí, apareció detrás de mí, la vi por el espejo. Al principio no la reconocí, había cambiado mucho. ¿Recuerdas que tenía un cabello doradito oscuro?

—Sí, sí me acuerdo.

—Iba de un rubio platino con una cabellera impresionante y muy pintada, no era la misma. Hubieras visto los pantalones como se le ajustaban, parecían una segunda piel, estaba muy atractiva, pero…

—¿Por qué dejó los estudios, se casó con algún tipo?

—Tenía prisa. Me dijo que había ido a los lavabos porque me había reconocido. Nunca fuimos amigas, pero Jennie tenía ganas de hablar. Me contó que su vida había cambiado mucho y recordé que había salido con Young.

—Una más. Young ha salido con muchas, y no te molestes, no lo digo por ti.

—A Jennie le cambió el gesto y me preguntó por Young. Le conté que salíamos, aunque nada serio.

—¿Y se picó?

—Me recomendó que me alejara de él.

—Pues sí que le sentó mal.

—Me contó que una noche la llevó a un motel y que ella se sintió muy feliz. Había llegado a adorarlo y se creía la chica con más suerte del mundo, hasta que en otra ocasión él la llevó a una casa que dijo le habían prestado.

—¿Y volvió a disfrutar del amor de Young? —preguntó Grace, vivamente interesada.

—Tully tenía prisa y miedo, se notaba en sus ojos.

—¿Tully? ¿No has dicho que era…?

—Tully era el nuevo nombre de Jennie, su nombre de profesión. Young la llevó a la casa de campo, allí gozó con ella y luego dijo que iba a buscar algo que se había descuidado en el coche. Entonces, cuando ella estaba desnuda en la cama, aparecieron cuatro tipos en la habitación, tipos muy desagradables, me lo contó con asco en sus palabras.

—¿Cuatro tipos la sorprendieron? Esas cosas ocurren cuando se

va a lugares solitarios, sólo hay que leer las páginas de sucesos en los periódicos. A mí eso me da mucho miedo.

—Uno de ellos, el más horrible, le dijo: "A partir de esta noche vas a ser una puta y trabajarás para mi”

—Vamos, Zara, esas cosas ya no pasan.

—¿Que no? La violaron los cuatro, la violaron por todas partes y le dieron una paliza para que fuera aprendiendo a obedecer. Se la llevaron y durante siete días seguidos la estuvieron violando hasta que se habituó y después le fueron pasando los clientes, se acostumbró a ser Tully.

—¿V por qué no escapó para denunciarlo a la policía?

—Le contaron que una chica de la casa lo intentó. El propio agente de policía la regresó al burdel y allí le dieron tal paliza que enfermó. Una noche en que parecía que se les moría, se la llevaron en un coche y nunca más se supo de ella. Pudieron tirarla al mar envuelta en cadenas para que su cuerpo jamás regresara a la superficie.

—¿De veras no me estás contando una película de miedo?

—No, te cuento lo que Tully me dijo, y a ti no se te ha ocurrido preguntar qué hizo Young la noche que violaron a Jennie hasta pisotear su honor, su orgullo, la estimación de sí misma.

—Pues, no sé, has dicho que se fue a buscar algo al coche.

—Sí, subió a su coche y se alejó, su trabajo había terminado. Es un cazador de chicas, un señuelo muy atractivo donde quedamos prendidas las tontas y él nos lleva a la trampa.

—Es muy gordo lo que cuentas. ¿De veras lo ves liado con una mafia de prostitución, de trata de blancas?

—Young debe ser el "guapo" y supongo que cobrará por cada ingenua que deje en las manos de esos criminales de la prostitución.

—Todo eso es alucinante, increíble, y tú lo das todo por cierto simplemente porque te encontraste a una antigua conocida en un área de servicio de la autopista donde te contó todo lo que quiso. ¿No te das cuenta de que todo puede ser una fantasía para justificar su lamentable oficio?

—No, creo que era sincera.

—Si tan segura estuvieras de que se trata de una mafia de prostitución se lo habrías contado a la policía, o Jennie te habría pedido que lo hicieras para que la rescataran.

—Me temo que ella ya no desea ser rescatada. No espera ser otra cosa en la vida que lo que ya es.

—¿Se lo dirás a Young?

—No. Espero no verlo más.

—Se me hace muy cuesta arriba pensar cosas tan horribles de Young. No cabe duda que Tully o Jennie, como prefieras llamarla, te pareció totalmente sincera, pero yo he visto a Young salir con otras chicas que ahora no son furcias ni mucho menos.

—Grace, creo que ya te he contado demasiadas cosas y hoy tenemos que separarnos, quizás para siempre.

—Mi oferta se mantiene en pie. No puedes dejar de estudiar porque no tengas dinero, sólo te falta un curso.

—Prometo terminar, lo que no sé si será el próximo año.

—¿Y tu bisabuelo no puede prestarte ese dinero?

—No lo sé. Si me lo presta, palabra que lo aceptaré.

—Si no lo tiene, un banco puede tomarle el aval, tendrá una casa, tierras.

—Seguro, tiene una granja donde cuida de sus abejas, pero yo no voy a forzarle a nada. Como tú has dicho, puede ser un anciano en una silla de ruedas y yo, su última pariente viva.

—Si es así, hasta tienes la posibilidad de heredar.

—Por favor, Grace, si apenas le conozco. Me ofrece su casa y tú hablas de que se muera para heredarle.

Había un claro tono de reproche en las palabras de Zara.

—Sí, creo que me he pasado. La verdad, Zara, sólo trato de que salgas de este bache. Lo que te ha ocurrido a ti puede pasarle a cualquiera. Tus padres desaparecieron en un accidente de tráfico, por lo visto no tenían en regla la póliza de seguros y tú te has quedado solo con lo puesto, pero saldrás adelante.

—Debo agradecer a la asociación de padres de la universidad que me ha ayudado con su bolsa de estudios a terminar el curso, pero mis notas, aunque aprobadas, no son suficientemente buenas para que me bequen el próximo curso. Quizás consiga la beca en una universidad con menos pretensiones.

—Saldrás adelante, Zara, y tienes que darme el teléfono y las señas de tu tío bisabuelo.

—Llámale simplemente tío, y descuida, que te daré la dirección. No voy a suicidarme ni a desaparecer para siempre.

Dos horas más tarde, mientras Grace se disponía a subir al lujoso automóvil de sus padres que la habían ido a buscar, Zara se alejaba en el "bus" con su maleta y agitando la diestra en señal de adiós, adiós a Grace y a sus amigos, a toda la universidad.

Dos lágrimas pugnaban por escapar de sus ojos azules, segura de que todo lo que estaba viendo no volvería a verlo nunca más.

CAPÍTULO II

—La dejaré en la cantina de O'Brien. Desde allí puede telefonear al viejo Howard y seguro que pasarán a buscarla —le dijo el camionero, tratando de ser amable hasta donde creía que era prudente.

—¿Y no habría forma de ir directamente a la granja de mí tío?

—No creo, a nadie le gusta ir a la granja de las abejas, el que más y el que menos toma sus precauciones. Ha habido varios incidentes desagradables.

Mientras el camión de reparto de refrescos avanzaba por la tortuosa carretera, Zara se giró hacia el chófer y preguntó, vivamente interesada:

—¿Qué clase de incidentes?

—Las abejas han picado a automovilistas que no tuvieron en cuenta los letreros de advertencia. La picadura de una abeja, cualquiera puede soportarla, pero nadie sabe los enjambres que tiene el viejo.

—¿Tantas abejas tiene?

—Parece que muchas, nadie quiere ser su vecino próximo. Yo tampoco querría tener mi casa cerca de su granja, aunque sé que las abejas, además de producir buena miel, son necesarias.

—Sí, para polinizar las plantas y los árboles.

—Eso es —asintió el camionero que parecía conocerse todos los baches y curvas de la carretera—. Los agricultores que tienen plantaciones de frutales Maman al viejo para que les alquilen algunas colmenas durante la época de la polinización. Las abejas encuentran las plantaciones en flor y luego la producción de frutos aumenta. Mucha gente no sabe que un mal año de abejas es un mal año de cosechas y que si los pesticidas matan las abejas junto con otros insectos nocivos, la producción de frutos es pésima.

—Sabe usted mucho de abejas.

—No crea, sólo lo que se cuenta en la cantina de O'Brien. Hay casi veinte kilómetros hasta la granja y a pesar de ello, a veces las abejas se dejan ver demasiado. ¿No le ha picado nunca una abeja?

—No. Dicen que hacen bastante daño, pero a mí no me ha picado ninguna.

—Yo tuve un primo que murió, le pico en el cuello y no llegó vivo al hospital.

—¿Murió por una picadura de abeja? —se asombró Zara.

—Eso he dicho, señorita, eso he dicho. Los médicos dijeron que mi primo era alérgico al veneno de las abejas y que debía haberle picado otra con anterioridad. El caso es que empezó a hincharse y se murió. Para mí que era una abeja asesina y muy grande. Su tío debe ser un tipo muy especial. Toda la vida metido entre los enjambres, yo no estaría allí ni un minuto.

—Me está entrando miedo, no había pensado en todo eso.

—Bueno, supongo que su tío le dará una especie de salvoconducto para que las abejas la dejen en paz.

La cantina de O'Brien estaba en un cruce de caminos donde habían nacido otra media docena de casas. Todo tenía un color sucio y las edificaciones eran de troncos y piedra, antiguas todas ellas.

Allí acudían los campesinos y trabajadores de los alrededores para reunirse y tomar cerveza, gentes algo rudas que gustaban más de rememorar el pasado que ilusionarse por el futuro.

Debido al mal estado de la carretera, llegaron cuando ya la noche se les había echado encima. Con la maleta en la mano, Zara entró en la cantina y el camionero lo hizo tras ella.

—Duncan, Evelyn, traigo una pasajera. Es pariente del viejo de las abejas.

Zara sintió que todas las miradas se clavaban en ella. La observaban con mucha atención y nada de simpatía.

—¿Podría llamar por teléfono? —preguntó a la cantinera, una mujer gruesa, de enormes brazos. Zara pensó que aquellos brazos tendrían más fuerza que los de muchos hombres.

—Lo siento, jovencita, el teléfono está averiado y no creo que lo arreglen hasta mañana.

—Mala suerte —se lamentó la muchacha, dejando la maleta en el suelo con suavidad.

El camionero de los refrescos se acodó en el mostrador y pasando sus ojos de la cantinera a Zara, opinó:

—Podría quedarse a dormir aquí. No creo que nadie la lleve

hasta la granja de las abejas esta noche.

—¿Dicen que eres pariente del viejo? —preguntó la gruesa y rojiza Evelyn.

—Sí, es un tío lejano mío y voy a visitarle.

—Viene de la universidad, es una chica lista —explicó el camionero.

—No sé qué tal te llevarás con tu tío, jovencita —comenzó a decir Evelyn—, pero yo en tu lugar me daría media vuelta y me iría lejos de aquí.

—Parece que nadie siente simpatía por mi tío —dijo con algo de amargura.

—A tu tío, hace mucho tiempo que no se le ve, años. Es un tipo rarísimo, hace las compras a través de sus empleados. ¿Cuántos años crees que tiene?

—No lo sé —confesó Zara.

—¡Mil años, porque cada día toma su jalea real! —se rio Duncan, el cantinero.

—Sí, creo que es muy viejo, aunque no tanto —aceptó Zara.

—Las abejas de tu tío nos ocasionan muchos problemas, no nos gustan —le dijo abiertamente la rolliza Evelyn, segura de que todos los presentes coincidirían con ella.

El camionero intervino:

—Creo que si queréis darle vuestra opinión al viejo, nadie mejor que esta chica que es pariente suya. Tratadla bien y ella le dirá a su tío que todo tiene un límite, que unas abejas, bueno, pero no tantas.

—Eso lo arreglaremos cualquier día contratando entre todos una avioneta fumigadora de insectos —dijo Duncan—. La haremos pasar por la granja apícola del viejo y lo dejaremos todo lleno de abejitas muertas.

El camionero habló tratando de calmar los ánimos, pues se acentuaba la hostilidad hacia el viejo apicultor.

—Matarlas a todas sería malo para el cultivo de los árboles frutales. No olvidéis que las abejas son necesarias para la agricultura, se las alquilan y eso es parte del negocio del viejo.

—Ignoraba los problemas que causa la granja de mí tío. Hablaré con él, aunque no puedo asegurarles que vaya a hacerme caso. Lo que sí puedo decirles es que soy su única pariente.

—Pues si el viejo muere, tú vas a ser la reina de las abejas,

jovencita —le dijo la cantinera.

—Y ahora, ya que no puedo ir a casa de mí tío hasta que mañana pueda telefonear, ¿me facilitarán una habitación para pasar la noche?

Duncan miró a su mujer y preguntó:

—¿Tú qué opinas?

—Que parece buena chica y ella no tiene culpa de lo que haga el viejo. Puede que hasta lo convenza para que rebaje su población de abejas. —Se apartó del mostrador de madera que olía a vino—. Vamos, jovencita, no es bueno que una chica guapa como tú ande sola por estos caminos y de noche. Conozco a los hombres de estas tierras y mejor no les des la oportunidad que buscan.

La habitación que le proporcionaron era pequeña. Tenía una ventana más alta que ancha que daba a la noche y en aquellos momentos, nada se veía a través de los cristales.

—Dicen que este cuarto huele, yo no lo noto, como la cocina está debajo y el piso es de madera, los vapores de los guisos se le pegan, pero dormirás bien. — Bajó la voz para añadir —: Aseguran que el viejo es muy rico y que en su granja guarda su fortuna porque no se fía de los Bancos. ¿De verdad es tan rico como dicen?

—Sé muy poco de mí tío, sólo que desea que le visite —respondió Zara, sincera pero evasiva y agradeció que la cantinera la dejara sola, cerrando la puerta.

No le gustaba el ambiente de aquella cantina— hostal, tan distinto al que acababa de dejar en la universidad que se sentía como una alienígena en aquel cruce de caminos.

Era como si hubiera abandonado el mundo de su cosmonave para llegar a otro completamente distinto, un lugar donde hasta las personas se comportaban de manera diferente.

Dejó la habitación para bajar a la cantina. Evelyn la vio acercarse y le preguntó sonriente:

—¿Hambre?

—Ajá, creo que si no ceno algo no lograré dormir.

—Siéntate en la mesa del fondo y no fijes tu mirada en ningún hombre salvo que quieras tener problemas. Son bastante brutos y creen que cualquier mujer que esté sola en la noche es presa fácil.

Sin desear entrar en conversación, Zara asintió con la cabeza y se fue a la mesa del rincón dispuesta a esperar que le sirvieran la

cena y también a comer lo que le llevaran sin hacer remilgos.

Habían llegado más hombres a la cantina. El ruido de voces era bastante fuerte. En uno de los lados había un billar en el que jugaban varios tipos desplazándose en torno al rectángulo verde azulado donde destacaban las bolas rojas y blancas.

—Esta noche tenemos patatas con alubias y estofado de vaca. Es consistente y alimenta.

—Gracias, me parece bien —respondió Zara a la cantinera.

—Para beber solemos servir cerveza, pero si prefieres coca-cola.

—No, creo que esta cena es suficientemente fuerte para tomar cerveza.

—Te traeré una jarra, la tenemos fuerte y buena.

La cena resultó tan fuerte como había supuesto, sin duda dormiría profundamente y las horas pasarían rápidas hasta llegar el nuevo día.

Tenía deseos de abandonar aquella cantina— hostal y reunirse con su tío. No cabía duda de que se encontraría con un anciano raro y huraño que no entablaba amistad con sus vecinos.

La muerte de sus padres, la carencia total de dinero, la posibilidad de no regresar a la universidad, le creaban una fuerte inseguridad interior que la hacía sentirse débil y como desnuda, pero era consciente de que no debía dejar que se le notara esa inseguridad.

No quiso alzar la vista, pero de reojo vio como tres individuos se acercaban a su mesa. Uno de ellos, el que parecía el jefe o más fuerte del trío, se sentó frente a ella.

—¿Está buena la cena, preciosa?

No respondió y siguió comiendo. Deseó que la dejaran en paz, pero pensó que si replicaba les haría el juego que ellos andaban buscando.

—No ha contestado —dijo aquel tipo fuerte y de boca grande a sus dos compañeros, situados a ambos lados de la mesa.

—A lo peor se aburre y quiere divertirse —opinó otro medio riendo.

El que estaba sentado tomó la jarra de cerveza. Se la llevó a la boca y se la bebió de un trago, luego depositó la jarra sobre la mesa con un golpe provocativo con el que pretendía llamar la atención.

—No está mal, aquí sirven buena cerveza.

La bofetada que Zara le propinó fue tan rápida e inesperada para aquel tipo que le alcanzó de lleno en el rostro, y resultó tan sonora que llamó la atención de la mayoría de los presentes que volvieron sus miradas hacia la mesa.

—Caramba con la gatita —dijo despacio y con sonrisa amenazadora el hombre que acababa de recibir la bofetada.

—Eh, Logan, déjala estar. La chica cena y se va a dormir, eso es todo —dijo Duncan desde el mostrador.

El cantinero debía tener sus resortes para controlar su local, porque los tres tipos, a regañadientes, le hicieron caso; sin embargo, Logan le dijo a Zara que le miraba con fría hostilidad:

—Si vas a estar por aquí, volveremos a encontrarnos, preciosa. A las palomitas solitarias me las como guisadas, aunque también me gustan crudas y si son esquivas, me dan más placer.

La dejaron en paz. La propia Zara no terminaba de creérselo, pero tampoco quiso reflejarlo en su cara, trataba de mostrar seguridad en sí misma.

El propio cantinero puso otra jarra de cerveza delante de la muchacha.

—Es mejor que no salga a dar un paseo. Logan y sus amigos son algo camorristas y con el teléfono averiado no podemos llamar a la policía.

Notó los cuchicheos de los concurrentes, algunos la miraban con interés, otros con deseo. No pasaba desapercibida y se daba cuenta de ello. El cantinero no simpatizaba con ella, pero la había defendido para mantener el orden en su establecimiento.

No se hallaba en un "pub" de la ciudad al que acudían chicas para encontrarse con hombres, allí no había más mujer sola que ella.

Molesta, se encerró en su cuarto.

Había supuesto que dormiría profundamente, pero por causa de la cena se sintió pesada y tardó en conciliar el sueño. Las horas se le hicieron largas. Tuvo pesadillas inconcretas, sensación de malestar, pesadez.

Despertó al oír unos golpecitos que parecían llamarla. Abrió los ojos y pestañeó. Era ya de día, el sol se filtraba por la ventana contra cuyos cristales golpeaban los insectos queriendo entrar.

Se restregó los ojos como para asegurarse de que no se hallaba

inmersa en una pesadilla y abandonó la cama para aproximarse a la ventana.

Cientos de abejas golpeaban contra el cristal queriendo entrar en la estancia y cada vez había más.

—¡Dios mío, cuántas hay!

Las abejas parecían furiosas por entrar en la alcoba de Zara que, pese a saberse resguardada por el cristal de la ventana, retrocedió con mucho miedo.

—¡Las abejas, han venido las abejas!

Oyó el zumbido de las abejas, su golpeteo contra el cristal, porque no pocas volaban hasta estrellarse contra la ventana.

Poco después, comenzaron a desprenderse de la ventana cayendo al suelo mientras todo quedaba lleno del gas que estaban lanzando *para* acabar con los amenazadores insectos.

CAPÍTULO III

Zara retrasó el momento de bajar a la cantina para tomar el desayuno. Estaba segura de que le hablarían de las abejas, aquel enjambre que tanto la había impresionado al comprobar que trataban de entrar en su habitación.

—Buenos días —saludó Evelyn mientras limpiaba la mesa de madera con un paño húmedo que luego puso sobre su propio hombro.

—Buenos días. ¿Funciona el teléfono?

—Todavía no han aparecido por aquí los de averías, se ve que les cae un poco lejos. —Miró a Zara y puntualizó—: Hemos gastado un galón de insecticida esta mañana.

—¿Un galón, no será demasiado? Pueden intoxicarse ustedes también.

—Hemos recogido las abejas muertas con pala. Si nos quejamos a su tío, dirá que no puede controlar todos los enjambres. El problema es que tiene demasiados y causa problemas a la vecindad en más de treinta kilómetros a la redonda de su granja.

—¿Y ocurre muy a menudo que vengan hasta aquí tantas abejas?

—La verdad es que no. Hoy ha sido un día excepcional, como si hubieran venido a buscar algo o a alguien.

—No sé la influencia que yo pueda llegar a tener con mi tío, pero le prometo que le haré llegar sus justificadas protestas.

—Nadie sabe los años que tiene el viejo, pero si muere y tú le heredas, nadie te pedirá que destruyas la granja de abejas, sabemos que son necesarias, sólo te pediremos que no tengas tantas, son peligrosas.

—No sé si yo serviría para eso.

—Da lo mismo, es un buen negocio. Te comprarían la granja de las abejas, seguro, producen buena miel, cera y van muy bien para los campos de frutales. Son necesarias, lo comprendemos, pero tenerlas por vecinas no es agradable.

—Lo entiendo y lamento lo que les sucede. Al llegar aquí no

sabía nada de lo que estaba pasando.

—Creo que eres sincera. Te voy a traer un buen desayuno.

Frente al hostal se estacionó un furgón pintado en color dorado con rayas negras.

Un hombre alto, con sombrero "Stetson" gris claro, mandíbula grande y fuerte y mirar directo, se acercó al mostrador.

Señalando a Zara, preguntó:

—¿Es la señorita Allison?

—Sí —asintió Evelyn—. ¿Tú trabajas para el viejo Howard?

—Eso parece.

—No te habíamos visto antes.

—Ya me verán. El viejo me ha pedido que recoja a su sobrina.

—Qué raro. ¿Cómo sabía él que estaba aquí, sino he avisado de mí llegada?

—Eso no es asunto mío. Tengo el furgón esperando. ¿Trae maleta?

—Sí, claro.

—Pues, recójala y nos vamos.

—No te olvides de las abejas de esta mañana, jovencita —le recordó la gruesa Evelyn al subir Zara al furgón.

Esta asintió con la cabeza, como dando a entender que no iba a olvidarse.

—Tiene unos colores muy llamativos este furgón —opinó Zara por decir algo, pues Alex parecía poco hablador.

—Sí, son colores chillones, así la gente advierte que transportamos abejas y es mejor que nos dejen paso.

—¿Aquí dentro transportan las abejas?

—Sí, seguro que las hay escondidas por los huecos más insospechados del furgón. Siempre las hay retrasadas que no salen a tiempo y .se quedan ahí dentro.

Zara se estremeció y miró en torno suyo con temor. Alex señaló hacia un ángulo del cristal parabrisas.

—Allí hay tres.

—Uy, son peligrosas.

—Déjelas tranquilas. Si usted no las molesta, no le harán nada.

—Yo no estoy tan segura. No me ha picado nunca una abeja ni una avispa, pero dicen que la picadura es muy dolorosa y si pican varias, puede ser hasta mortal.

—Eso es cierto, pero repito, no las moleste y ellas no se enfurecerán contra usted. Piense que cuando una abeja pica, ella muere, su picadura es un suicidio. A mí nunca me han preocupado. De niño ayudé a un apicultor y no me dan miedo. El viejo me ha enseñado muchas más cosas, ya llevo un par de meses en la granja y no me ha picado ninguna.

El camino era malo y el día, espléndido. Un sol cegador les obligaba a mantener bajas las viseras del furgón.

Alex no era especialmente comunicativo, pero Zara, con su instinto femenino, captó que se había fijado en ella. De cuando en cuando, la observaba de reojo. No le importó que el ajustado jersey verde claro modelara sus pechos o que los pantalones tejanos se pegaran a sus piernas. Estaba segura de que Alex no era indiferente a su figura femenina, pero se mantenía cortésmente a distancia.

A lo lejos divisó una tupida alambrada que cortaba la carretera, si es que a aquel camino se le podía llamar carretera. Una gran abeja de madera y vistosos colores advertía que allí comenzaba el verdadero peligro.

—"Granja apícola" —leyó Zara en voz alta.

Aflojando la marcha pero sin detenerse, Alex alargó su mano y pulsó un botón del salpicadero del furgón. La puerta que cerraba la alambrada se abrió electrónicamente por la orden del telemando.

Entraron en la propiedad y la puerta metálica volvió a cerrarse.

—¿Todo esto ya es de mí tío?

—Así es. Esto es parte de la granja y que yo sepa, el propietario es el viejo Howard como gusta que le llamen.

—Si alguien entra furtivamente en la granja, ¿corre peligro? —quiso saber la joven.

Alex asintió con la cabeza.

—Más que si las tierras estuvieran guardadas por dobermans.

—Pero, las abejas no atacan por la noche, ¿verdad?

—No, no atacan, pero esta granja tiene sorpresas.

—¿Qué clase de sorpresas?

—Lo siento, no estoy autorizado a contar nada que se refiera a la granja. El viejo Howard hace sus pruebas, es el hombre que más sabe de abejas en el mundo.

A Zara le pareció que el duro Alex hablaba con admiración del viejo Howard, él nada tenía que ver con las gentes de la cantina que

detestaban al viejo apicultor, posiblemente más por saberle fuerte y rico que por el daño que pudieran causar sus abejas.

La muchacha había esperado encontrar un lugar desértico y se equivocó, pues la carretera se adentraba por una gran plantación de árboles frutales de diferentes variedades.

Pensó que ya se iría enterando de cuanto hubiera por allí, estaba segura de que su tío le daría todo tipo de explicaciones respecto a la granja de abejas que, por otra parte, era una gran plantación de distintas variedades de frutales.

De trecho en trecho se levantaban montículos y sobre uno de ellos pudo ver una figura humana vestida de blanco, con la cabeza cubierta y un rectángulo visor frente a su rostro.

—¿Cuidan de las abejas?

—Sí, aquí se les llama zánganos.

—¿Zánganos?

—Cosas del viejo Howard —explicó Alex que no perdía atención en la conducción, aunque pese a ser relativamente nuevo en la granja, parecía conocerse bien el camino.

—¿Y hay muchos de esos cuidadores de abejas a los que llamáis zánganos?

—Unos cuantos.

—¿También es secreto el número? —inquirió algo burlona.

—Yo no sé nada de secretos, sólo que si el viejo me dice que no hable de algo, yo soy mudo.

Le impresionó la lealtad que Alex demostraba hacia el viejo Howard; se dijo que terminaría por averiguar el motivo, y seguro que sería interesante.

El caserón de su tío la sorprendió, pudo verlo desde lejos, por encima de los árboles frutales, ya que se hallaba en lo alto de un otero que debía dominar toda la granja apícola y las plantaciones de frutales.

—¡Un enjambre de abejas! —exclamó Zara, señalándolo a través del cristal parabrisas.

—Deben estar buscando un lugar para establecerse.

—¿No hay colmenas para todas?

—Se hacen todas las que se pueden, pero en las colmenas no hay sitio para más de una reina y las que no mueren han de marchar con sus siervas para fundar una nueva colonia.

—¿Ahí vive mi tío?

—Sí, ese es su caserón, antiguo, construido en madera, planta y piso y un enorme desván. Estoy seguro de que si quisiera construirse un palacete de granito y mármol podría hacerlo, pero él se siente a gusto ahí arriba.

La enorme casa impresionó a Zara pese a ser de día. Las gruesas maderas y grandes vigas con que fuera construida no parecían haber sido pintadas ni en un siglo. Se veían oscuras y resecas por el sol.

No había pájaros allí, y cuando Alex detuvo el furgón y Zara se apeó, pudo oír un rumor en el ambiente. Miró al hombre y éste, consciente de lo que a ella le intrigaba, explicó:

—Es la sinfonía permanente de la granja, sólo cesa por la noche.

—¿Las abejas?

—Sí.

—Debe haberlas a millones.

—Eso parece —respondió sin comprometerse.

—¿Y no tenéis miedo de estar rodeados de millones de abejas?

—¿Tengo cara de miedo? —se burló. Señaló la escalera que ascendía al porche desde el cual se dominaba gran parte de la plantación y dijo —: El la espera.

La joven dudó. Se sentía como desvalida frente al antiguo pero sólido caserón. Alex sacó la maleta del furgón y dijo:

—Luego la subo.

—¿Está mi tío dentro?

—Sí, la está esperando.

Por un instante, la muchacha se preguntó si había hecho bien llegando hasta aquel caserón donde se refugiaba su último pariente vivo, el viejo y huraño Howard cuya edad nadie parecía conocer.

Subió al porche con cierto temor y miró hacia atrás. Alex seguía junto al furgón, con el sombrero echado sobre los ojos con un leve toque de insolencia.

Continuaba oyéndose el monótono rumor o zumbido. Cerca de ella vio volar las abejas, pero no en enjambre. Las había que iban de un lado a otro y recordó la recomendación de Alex:

"No las moleste y ellas no la molestarán. Si pican a alguien, es un suicidio para ellas".

Como si las abejas que zumbaban en torno suyo fueran tan

inofensivas como pequeñas mariposas, Zara entró en el caserón que tenía la puerta abierta.

La penumbra que reinaba dentro de la casa resultaba tranquiIizante y el olor dulzón no era en absoluto molesto. Avanzó y notó que el suelo gruñía por la sequedad de sus tablas.

—Tío Howard, tío Howard —llamó sin fuerza, como si no deseara molestar.

CAPÍTULO IV

—Acércate, Zara, acércate —pidió una voz muy grave, apenas inteligible.

Un sillón de alto respaldo y orejeras se hallaba encarado con una gran ventana. Aquél era un momento difícil y Zara lo sabía.

Se dirigió hacia el sillón, lo rebasó por uno de sus lados y miró a su tío antes de inclinarse para besarle en las mejillas.

El viejo Howard era un hombre muy alto, de pómulos pronunciados y mandíbula estrecha. Tenía una cabeza muy grande y abundancia de cabellos blancos y revueltos.

Los ojos, pequeños, eran de color miel con estrías rojizas y su piel oscura, llena de arrugas, era como la tierra cuarteada por una prolongada sequía.

—Te parezco muy viejo, ¿verdad? —preguntó casi burlón.

—No sé los años que tienes, tío Howard. ¿Te encuentras bien?

—¿Bien? Como ayer, como hace un mes, como hace un caño, como hace diez —respondió enigmático.

—Tendrás que disculparme si te hago preguntas que pueden parecerte torpes por mi desconocimiento de tu persona y de tu granja.

—Hablas muy bien, Zara. Anda, acerca una silla, siéntate a mí lado y mira a través de la ventana. Yo suelo mirar mis abejas desde esta ventana, veo a los enjambres ir en todas direcciones.

La muchacha acercó una silla también de alto respaldo y se sentó junto al sillón donde su tío parecía sentirse a gusto.

—¿Siempre estás contemplando tus abejas?

—Ellas son mi mundo. Puedes preguntar lo que quieras, Zara, tú no eres torpe sino lista, sé que eres muy inteligente.

—¿Cómo puedes decir eso, si apenas me conoces?

—Te conocí hace tiempo y sabía que vendrías a esta casa, te estaba esperando.

—¿Esperando?

—Sí, hace años que espero tu llegada.

—¿Tan seguro estabas de que vendría algún día?

—Sí, sabía que vendrías y hoy he enviado a Alex a recogerte a ese lugar infecto que es el mesón de O'Brien.

—Eso sí me ha desconcertado. ¿Cómo has sabido que yo estaba allí si no funcionaba el teléfono y además yo no te había anunciado mi visita?

—Ellas me lo han dicho.

—¿Ellas?

El anciano extendió el brazo hacia la ventana, afuera volaban las abejas. Las había por todas partes y Zara trataba de ignorarlas para no ser víctima de un miedo progresivo que podía abocarla a un ataque de nervios.

—Algo he oído de que las abejas se comunican entre sí, pero ¿cómo iban a saber ellas que yo era tu sobrina?

—Cuanto más las conozcas, más sabrás de lo que son capaces. Los humanos subestiman a los animales y apenas hablan de los insectos. Una abeja es mucho y es poco, pero un enjambre es algo especial, funciona y actúa como un complejo cerebro. Digamos que las abejas son como células de un cerebro, cada cual tiene su vida propia, pero cuando quieren, se aprietan entre sí formando un todo y entonces piensan, aunque no exactamente como nosotros creemos que se ha de pensar, porque no podemos valorar a los insectos por nuestros propios parámetros. Ellas, formando piña, son inteligentes. Sabían que yo te esperaba, alguna te habrá visto, te ha identificado y ha dado aviso a las demás.

—Me cuesta creer lo que me cuentas, tío.

—No es que te cueste creerlo, simplemente no te lo crees, pero cuando lleves tiempo en este viejo caserón sabrás que no te cuento historias para niñas.

—Ya te he pedido que disculpes mi torpeza y mi ignorancia respecto a las abejas, es un mundo totalmente desconocido para mí.

—Para mí no existe otro mundo ni deseo que lo exista. Ahora estarás pensando que es cosa de mí edad.

—Si tú deduces en todo momento lo que yo puedo pensar, no hablaré. ¿Deseas que me vaya?

—No, Zara, no vas a irte, has venido para quedarte.

—Bueno, no sé. Tú me pediste que viniera a verte, tengo vacaciones en la universidad y como ya no me queda más familia que tú, es lógico que te visitara.

—Sí, sé que sólo te quedo yo, como tú eres mi única pariente viva. Lamento lo que pasó con tus padres y también sé que estás sin dinero.

—Cierto. —Suspiró levemente, aceptando su situación que podía calificarse de humillante. Era la pariente pobre que se acercaba al tío rico para que la socorriera—. Pero soy joven y puedo encontrar trabajo.

—No te hace falta trabajo, aquí estarás bien y si quieres saberlo... —Hizo una larga pausa en la que mantuvo fijos en Zara sus ojos color miel —, todo lo que hay aquí será tuyo cuando yo muera.

—No he venido con esas intenciones.

—Lo sé, conozco más de ti y de tus andanzas de lo que puedas suponer.

Zara soltó una risita nerviosa.

—No me digas que me has hecho espiar por una agencia de detectives.

—Eres mi única pariente viva, es lógico que quisiera saber de ti. Soy muy viejo, más aún de lo que muchos imaginan.

—Todos creen que eres muy viejo, tío, yo misma pienso que tienes muchos años y que eres excepcional. Los estudiosos de la longevidad, si te conocieran, se frotarían las manos antes de asediarte a preguntas.

—Je, je, me lo imagino, pero no les daré ese gusto. Yo vivo aquí solo y rio necesito salir de los lindes de mí propiedad, moriré aquí dentro.

—Pero, no estás solo, está Alex y los demás empleados de la granja.

—Alex me es fiel, lo saqué de una situación difícil y es agradecido. El es quien sale fuera de la propiedad para transportar la miel y la cera a un almacén que está a cien kilómetros de aquí y allí la recogen los compradores y le pagan a Alex.

Él sabe cómo tratar a las abejas, lo hace con mimo y las abejas le respetan.

—Sí, ya me lo ha dicho. La verdad, tío, tengo miedo, me preocupa que las abejas puedan picarme.

—No temas, Zara, a ti no te va a picar ninguna abeja, confía siempre en lo que te digo.

—¿Y los demás empleados? Los he visto desde lejos, vestidos de blanco y protegidos.

—No te acerques a ellos, son los zánganos.

—¿Y aceptan que les llamen zánganos?

—¿Qué más da? Ellos no podrían entenderte, son extranjeros, no comprenden nuestra lengua y es mejor dejarlos en paz. No te acerques a ellos, tienen otra mentalidad, no comprenderían tu manera de pensar.

—¿Son peligrosos?

—Los seres distintos nunca se sabe cómo pueden actuar en un momento dado. El mundo es muy complejo, querida Zara. Muchos matan por motivos que a otros les parecen baladíes. Una hormiga no mata a su compañera de nidal, pero sí ataca y elimina a la hormiga de otro hormiguero. Lo mismo puede suceder con las abejas y los seres humanos nos parecemos demasiado a estas colonias de insectos.

—No puedes comparar a las personas con los insectos, tío Howard —dijo, temiendo que su senilidad le hubiera abocado a un pozo de locuras maníacas.

—Por supuesto que no, un cerebro humano no es como el de un insecto, pero una colonia de insectos organizados puede convertirse en un solo cerebro pensante como te he dicho antes.

—También la sociedad, en conjunto, se comporta como un cerebro pensante.

—Sí, pero comete las mismas estupideces que una sola persona: Puede ser ambiciosa, beligerante, libertina o fanática hasta la necedad. Las abejas, no. Cuando actúan como un solo cerebro pensante, ellas no son estúpidas.

—Es evidente que sabes mucho de abejas, pero todavía no me has dicho tu edad, tío.

—¿Mi edad? Je, je, ni yo mismo la recuerdo.

—Pero estará reflejada en documentos, ¿no?

—Sí, claro, andarán por ahí. Ahora voy a mostrarte la que será tu habitación y luego bajaremos a comer, porque estoy seguro de que tendrás hambre.

—¿Comerá Alex con nosotros?

—No, él vive solo en una cabaña confortable. Además, él coge un furgón y sale de la granja cuando le apetece, porque es un

hombre joven y resulta lógico que tenga apetencias que satisfacer.

—Sí, claro —admitió, algo pensativa y preocupada.

Cuando el viejo se levantó, Zara quedó asombrada. Sabía que era alto, pero resultó más de lo que había imaginado y si sus enemigos esperaban verlo sentado en una silla de ruedas, se equivocaban de medio a medio. Era un viejo reseco pero fuerte y no necesitaba ayuda de nadie para desenvolverse.

—¿Qué te sucede, Zara, te impresiona mi estatura? ¿No sabías que era alto?

—Sí, lo recuerdo de la única vez que te había visto en mi vida, pero creí que era solo la apreciación de una niña.

—Pues ya ves que no, soy alto. Cuando muera, no quiero ataúd, quemarás mi cuerpo en una pira de leños.

—Por favor, tío, no me hables de esas cosas, acabo de llegar. Por cierto, es mejor que te diga que sólo estaré unas semanas, luego he de volver a la universidad.

—La universidad la dejarás para más adelante.

—Es preciso que termine mis estudios.

—Sí, claro, ya hablaremos de eso. Como tú has dicho, acabas de llegar y no es bueno hablar ya de la marcha.

A la joven le pareció que su tío no tenía interés alguno en dejarla marchar de la granja donde él se había auto encastillado. Ella era su única pariente y obviamente tendría sus planes para la herencia.

Se dispuso a soportar todos los consejos que el viejo le fuera dando para convencerla de que la granja debía continuar después de su muerte.

La habitación que el viejo había destinado para su sobrina era amplia y confortable. Estaba, en el ángulo Este del caserón y tenía tres grandes ventanas desde las que se divisaba gran parte de la plantación y los montículos donde se hallaban colocadas las colmenas. Un armario, una gran cama, una mesita, dos sillas y una butaca.

—Muy bien, tío, aquí podré repasar mis lecciones, es un cuarto acogedor, aunque cerraré las ventanas.

—¿Por las abejas?

—Me dan cierto miedo, ya te lo he dicho.

—No las temas, ellas no te harán nada. Eres de la casa, ya te

reconocieron en el hostal de O'Brien y vinieron a comunicármelo.

—¿Y cómo han podido hacerlo si no hablan?

Creía que con aquella pregunta iba a descolocar al anciano, pero éste parecía tener respuesta para todo.

—Ellas vuelan describiendo círculos de formas variadas, es su forma de comunicación. Obsérvalas atentamente y terminarás por saber lo que tratan de decirte. No, no lo aprenderás en un día ni en un año, pero lo aprenderás.

Zara iba a replicar que no pasaría allí un año, pero se calló, no deseaba molestar a tío Howard, él tenía la llave de la continuación de sus estudios en la universidad.

Las plantaciones de frutales y las colmenas, aunque sólo había visto una mínima parte de ellas, debían haberle dado riqueza, una riqueza que él no gastaba porque no salía de su granja y por lo que había observado, tampoco se rodeaba de lujos ni caprichos. Por lo tanto, el dinero debía estar en alguna parte, en billetes o monedas.

Quizás llegaran a pensar lo mismo hombres codiciosos que supieran de la riqueza de la granja y planearan robar al viejo apicultor.

La mesa para comer se hallaba frente a otro amplio ventanal. Parecía que el viejo quisiera estar siempre atento al vuelo de las abejas que se hallaban al otro lado de los cristales. Zara no sabía si se trataba de una completa dedicación profesional o una manía obsesiva que no acabaría más que con la muerte del anciano.

Apareció una mujer, sin duda asiática, sorprendentemente alta y fuerte, de cara redonda y ojos pequeños.

Sonrió a Zara sin decir nada e inmediatamente comenzó a servir la mesa. Zara fue incapaz de determinar la nacionalidad de aquella mujer. ¿China, coreana, vietnamita, qué más daba?

La mesa era larga. Tío Howard y Zara quedaron sentados uno frente al otro casi con tres metros de distancia entre ambos.

—No es necesario que trates de hablarle, no entiende nuestro idioma — puntualizó el viejo, refiriéndose a la sirvienta.

—¿Y no lo está aprendiendo?

—No le hace falta. Yo ya me entiendo con ella para su trabajo y no sale de la granja.

—Pero, algún día querrá salir.

—No, ella no tiene por qué salir. Si la observas atentamente

podrás darte cuenta de que Jew es algo subnormal.

Zara, sorprendida, observó con más atención a la mujer asiática. Después preguntó:

—¿Síndrome de Down?

—¿Qué importa? Ella sabe hacer lo justo y no tiene otros problemas, aquí vive bien.

—¿Bien, sin poder comunicarse con nadie?

—¿Nadie? Yo soy alguien, querida sobrina, y a ella no le hace falta más. Ahora, preocúpate de comer, debes alimentarte. Aquí en la granja tendrás la comida más sana que puedas encontrar.

Jew les sirvió una ensalada. Todos los vegetales estaban crudos y en un plato adjunto había tortas bañadas en miel y otro plato con pétalos de rosa.

Un recipiente de cristal especial contenía una papilla blanquecina con una cucharita. Zara la observó con atención y luego miró a su tío. Con la cucharita tomó una porción de aquella papilla y la probó.

—¿Qué es, tío Howard?

—Jalea real, no hay mejor alimento en toda la tierra. La tomarás cada día y te mantendrás siempre joven.

—Pareces un publicista. Se ha vendido mucha jalea real para mantener la juventud y el vigor sexual, pero siempre he pensado que era uno de tantos timos.

—No lo creas, siempre que lo que te ofrezcan sea auténtica jalea real y no otros productos adulterados o sintetizados. Lo que tú tomas es lo mejor que se puede encontrar en mi granja y tengo abejas por millones.

—Pues, la tomaré, tío.

—Recuérdalo, cada día, eres una princesa.

—¿Princesa? —se rio ligeramente, halagada—. Eres muy simpático, tío Howard, como el abuelo que cuenta historias bonitas.

—Yo no te contaré cuentos sino realidades, ya lo irás comprobando.

—Pues, es buena, con un sabor algo ácido. Mientas esté contigo, la tomaré. Soy demasiado joven para pensar en conservar la juventud, pero la tomaré, será toda una experiencia.

—No lo dudes, sobrina, te sentará muy bien, lo mismo que la miel. Aunque la buscaras, no hallarías otra miel mejor que esta y

según sea tu gusto, puedes cambiar de sabores.

—¿Mieles con distinto sabor?

—Sí, pero su sabor no es una cosa artificial. De abejas que han libado en naranjales, sabe a azahar, las hay de alfalfa, de romero, de trébol, sabores muy distintos, ya lo irás notando.

—¿Tienes toda clase de árboles frutales plantados para obtener esos sabores diferentes?

—No, pero mis colmenas son transportadas a distintos lugares muy lejos de aquí. Me las alquilan durante el período de floración, ellas polinizan y traen miel con un sabor y características concretas.

A Zara le pareció una comida exótica, una comida de bienvenida y muy bien preparada pese a su sencillez por la joven oriental con la que no podría comunicarse.

—Tío Howard, me parece muy bien tu casa, pero quizás está demasiado solitaria.

—No me gusta la gente, ya te irás dando cuenta.

—Sí, ya me lo han dicho en la taberna de O'Brien.

—Supongo que allí habrán dicho cosas muy desagradables sobre mí.

—Les molestan las abejas.

—Sí, claro, y les molesta mi propiedad y que no se pueda acceder a ella por miedo a las abejas. Son mala gente, cuanto más lejos, mejor.

Zara tenía que decirle a su tío lo que la preocupaba, por ello insistió:

—Una chica como yo, con otros gustos, puede aburrirse aquí.

El dejó de comer para mirarla con sus ojos de reflejos rojizo anaranjados.

—Si pudiera disponer de algún vehículo...

—¿Sabes conducir?

—Sí, claro.

—Le diré a Alex que te proporcione algún vehículo, él es el único que los usa.

—¿Los zánganos no? Me refiero a los empleados que van por las colmenas.

—No, ellos ya tienen su labor específica y yo, por supuesto, tampoco. Alex es quien se mueve sobre ruedas.

—Confías mucho en Alex, ¿verdad?

—Por ahora merece mi confianza y tú serás sería con él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la joven sonriendo con cierta picardía, como para dar una animación al diálogo.

—Ya me comprendes. Si entre vosotros surge algún sentimiento que sea distinto al de empleado de confianza de la sucesora de esta propiedad, él será despedido de inmediato.

Zara frunció el ceño. Aquella forma de hablar sólo podía ser parte de una broma, pero no, su tío no bromeaba, lo vio en la expresión sombría de su rostro.

—No es que me interese Alex ni ningún otro hombre por ahora, pero no creo que puedas imponerme que me relacione o no con un hombre. No se lo hubiera consentido ni a mí padre.

—Zara, ya sabes cuál es mi decisión. Si no quieres que despida a Alex, déjalo en paz.

—Si él se va de aquí, puede encontrar trabajo en otra parte.

—Zara, eres inteligente, hermosa y joven, pero algo impertinente al querer enfrentarte a mí. Pronto te irás dando cuenta de que eso no es posible. Alex no puede encontrar trabajo en otra parte, él está aquí porque yo quiero y si se va de la granja, se meterá él solo en el infierno. Es demasiado pronto para que puedas entender lo que te digo, pero tienes tiempo, mucho tiempo, toda una vida por delante para ir aprendiendo. Has dejado de pertenecer al mundo del que vienes, formas ya parte de mí mundo.

Quedó perpleja, atónita.

Se daba cuenta de que las palabras de su tío tenían más profundidad de la que en aquel momento alcanzaba a comprender.

El viejo de las abejas no chocheaba, no tenía demencia senil. Era un hombre que sabía bien lo que decía y el alcance de sus palabras.

Se estremeció. Se sintió como ante un ser extraño, tan extraño que podía llegar a sentir horror de él.

CAPÍTULO V

Antes de acostarse, había tenido sensación de malestar y había temido pasar una mala noche, pero durmió plácidamente, tanto que no despertó ni una sola vez durante la noche.

La despertó la luz del día y pudo oír el monótono zumbido de las abejas al otro lado del ventanal.

Se incorporó y se felicitó de que los cristales actuaran de barrera para que las abejas no pudieran entrar en el dormitorio.

Empezaba a convivir con el zumbido de las abejas, pero no dejaba de causarle inquietud ver tantas y tantas abejas contra los cristales y el alféizar de sus ventanas. Comprendió a los vecinos de la granja, sus miedos. Todos temían dormirse con las ventanas abiertas, pues corrían el riesgo de despertar con la habitación repleta de abejas.

Saltó de la cama y, al poco, observó que todas las abejas desaparecían de sus ventanas y de los alféizares. Era como si acabaran de recibir una llamada lejana a la que tenían que acudir.

Curiosa, se acercó a una de las ventanas y observó que el alféizar estaba cubierto de algo que parecía serrín rojo. Abrió la ventana y una deliciosa fragancia a rosas inundó sus fosas nasales. Tomó con los dedos un poco de aquella sustancia roja y quedó agradablemente sorprendida.

—Pétalos de rosas, diminutos trozos de pétalos.

Efectivamente, las abejas habían cogido con sus bocas minúsculos trocitos de pétalos para llevarlos hasta su ventana, como una especie de ofrenda a la invitada.

Rápidamente, Zara abrió las otras ventanas del cuarto y pudo ver lo mismo, pero con distintas flores. No podía creérselo.

Cuando bajó al comedor para desayunar, deseaba hablar con su viejo tío para contarle lo sucedido, pero no le encontró. La criada asiática y de facultades mentales disminuidas, le sirvió el desayuno, miel, jalea real y leche.

—¿Dónde está mi tío, me comprendes, mi tío? —preguntó Zara a la fuerte mujer oriental, haciendo gestos para describir a su tío,

pero la sirvienta sonreía, inclinaba la cabeza y seguía levantando la mesa, no le prestó más atención.

Zara acabó encogiéndose de hombros y salió al porche. Desde allí observó la plantación y pudo ver abejas revoloteando por todas partes.

Todo se veía tranquilo. La vida en la granja y en la plantación parecía rutinaria, invariable. Zara dedujo que una vez vista la granja, comenzaría a aburrirse. Pensó en el fuerte y atractivo Alex, recordó lo que le dijera el viejo sobre él y decidió buscarlo.

Llegó hasta un barracón donde estaban encerrados dos furgones y una pequeña furgoneta todo terreno.

—¡Buenos días, Alex! —exclamó en voz alta para ser oída.

—Hola —dijo la voz de él a su espalda, asustándola, pues acababa de llegar por detrás de ella sin hacer ruido alguno.

—Ah, estás aquí… —Señaló los vehículos y preguntó—: ¿Son todos los que hay?

—Sí, son suficientes.

—¿Suficientes? ¿No hay ningún turismo normal y corriente?

—No, no hay ningún coche como el que buscas. El viejo no conduce, tampoco sale de la granja y no recibe visitas. Todo lo soluciona por correo o teléfono y cuando hay que transportar algo, lo llevo yo con estos furgones. ¿Para qué más?

—Sí, claro —acepto Zara resignada—, pero sería bueno tener un coche. Probaré con la pequeña.

Alex no objetó nada, la dejó subir a la cabina de la camioneta pequeña que tenía la caja de carga al descubierto y por tanto no podían transportarse abejas en ella.

Zara se sentó al volante, hizo girar la llave de contacto que estaba puesta y el motor ronroneó suavemente. Puso la marcha atrás y la sacó del barracón con habilidad y sin titubeos mientras era observada por el joven, fuerte y ya enigmático Alex.

—Me gustaría dar una vuelta por la granja. ¿Me acompañas?

—Tengo trabajo. El viejo delega muchas cosas en mí y no puedo defraudarle.

Zara, que asomaba la cabeza por la ventanilla del vehículo, preguntó:

—¿Te ha prohibido mi tío que me acompañes?

—¿No crees que haces preguntas demasiado directas? —inquirió

Alex inclinando el ala del sombrero sobre su rostro, medio ocultándolo, al tiempo que mostraba sus dientes en una sonrisa que trataba de mitigar el enfrentamiento que ya intuía.

—Mi tío es muy inteligente, ¿verdad?

—Seguro que sí.

—Dice que si te vas de aquí, irás a parar al infierno.

—Puede ser.

Quitó el contacto para que el ruido del motor no estorbara su diálogo con el joven, pero continuó sentada al volante.

—Soy nueva aquí y, por supuesto, no conozco muchas cosas. Ocultas algo, ¿verdad?

—¿Por qué no vives bien como quiere el viejo y te olvidas de mí?

—Es difícil lo que me pides. Aparte de mí tío, sólo te conozco a ti, todavía no he visto a ninguno de esos hombres a los que llamáis zánganos.

—A esos déjalos en paz, no te acerques a ellos. Siempre andan metidos entre abejas, son los que trasladan las colmenas y las meten en los furgones.

—Empiezo a pensar que hay demasiadas prohibiciones aquí.

—No son prohibiciones, sólo son unas normas. El viejo quiere que la granja funcione a su manera y así ha de ser.

—Tendré que ir aprendiendo cuáles son las normas de este lugar, pero me gustaría saber algo que considero importante.

—Si puedo responderte...

—¿Le tienes miedo o agradecimiento? Porque tú no eres un empleado como otro cualquiera.

—Supongo que el tiempo responderá a esa pregunta. Ahora, disculpa, he de hacer un trabajo.

Zara se sintió molesta. Hubiera deseado que aquel hombre joven y fuerte que era el encargado de la granja se mostrara más atento y obsequioso con ella.

Se limitaba a ser cortés y se mantenía distante, cosa que la irritó, pues se sabía con suficientes encantos para atraer la atención de un hombre joven y por si faltara poco, era la única pariente y seguramente la heredera del viejo Howard.

Con brusquedad que reflejaba su mal humor, puso de nuevo la camioneta en marcha y se alejó del caserón de madera que desde el

otero dominaba casi toda la plantación por donde se repartían las colmenas.

Estuvo recorriendo caminos por entre árboles frutales y todo le parecía igual, era como un laberinto.

Cada vez que se acercaba a uno de los montículos donde estaban las colmenas, aparecían las abejas en el parabrisas, eso la inquietaba y la hacía alejarse.

A cierta distancia descubrió a dos zánganos vestidos de blanco con sus caretas protectoras.

Siguió circulando, como buscando algo, no sabía el qué, todo le parecía igual, hasta que a distancia, tras enfilar a excesiva velocidad por el camino principal, divisó la puerta de la verja que circundaba toda la granja.

Allí estaba la gran abeja de madera pintada con sus vistosos colores negro y amarillo. Resultaba muy identificable, tanto que cualquier automovilista que se hubiera despistado por aquellos parajes, al verla y leer "Granja apícola", daría media vuelta y se alejaría.

Había visto como Alex pulsaba un botón para que se abriera electrónicamente por telemando la puerta de la verja. Observó que en aquella camioneta también había un pulsador en el salpicadero y no dudó en hundirlo.

Vio con satisfacción como la puerta se abría y ella, sin detener el vehículo, salió de los límites de la granja. Tuvo una gran sensación de libertad al verse al otro lado de la verja, fue casi como si le brotaran alas. Con aquella camioneta podía entrar y salir y aquello le quitaba un gran peso de encima. Tan solo horas, menos de un día dentro de la granja, y ya había tenido sensación de encierro.

Había acudido al lado de su viejo tío porque se encontraba en una situación difícil y precaria. Necesitaba el apoyo de alguien para seguir adelante.

Había pensado en dejar los estudios y ponerse a trabajar de secretaria. El viejo podía ser su última posibilidad para seguir adelante con sus estudios, pero aquel extraño anciano le daba miedo.

Las abejas también la inquietaban, pero el regalo de los pétalos de rosas convertidos en pequeñas partículas y depositados en los alféizares de sus ventanas, la había emocionado. Si se lo contaba a

sus amigos, no iban a creérselo.

Siguió camino adelante, pensando en Grace y también en Young. Lo que Tully le contara de él no le había gustado nada, pero era sumamente atractivo y necesitaba pensar en él para olvidarse de Alex.

Conducía con alegría por la carretera que se filtraba entre colinas y por un barranco por el que discurría un riachuelo unos metros más abajo.

Llegó al fin al hostal de O'Brien. Estacionó delante y entró en el local. La obesa Evelyn la miró frunciendo el ceño.

—¿Te olvidaste algo?

—No, sólo quiero llamar por teléfono.

—¿No funciona el teléfono de la granja?

—Supongo que sí, pero como estoy dando una vuelta, he pensado que podía llamar desde aquí.

Tres hombres la observaron desde el fondo del local mientras tomaban unas cervezas; eran los mismos que la molestaran la noche de su llegada.

Evelyn señaló a Zara donde estaba el teléfono y dedujo que la chica no quería que el viejo de las abejas se enterara de aquella llamada, y en el fondo, así era.

—Grace, Grace, ¿me oyes?

—Sí, Zara, te oigo muy lejana, pero te oigo —respondió la voz de su amiga.

—Es que los teléfonos por aquí no van muy bien, ayer no funcionaban. Deben haberlos reparado esta mañana, pero no son ninguna joya.

—¿Cómo estás, cómo te ha ido el viaje?

—Bien, la granja es muy grande y hay muchas abejas, impresiona. Te contaré muchas cosas sobre las abejas.

—¿Cómo es tu tío?

—Un viejo muy especial, pero nada de silla de ruedas. Mira, te voy a dar la dirección y cuando quieras te pasas por aquí. Si no lo haces me voy a aburrir, porque el encargado de la granja, que está muy bueno, no me hace ni puñetero caso.

Zara le dio la dirección y charlaron un poco más. Cuando colgó, Zara se sentía mejor. Volvió a marcar en el disco y al poco respondió la voz de un hombre joven que hablaba pausadamente.

—¿Quién es?

—Young, soy Zara.

—Ah, Zara, hace dos semanas que no te veo.

—Me gustaría hablar contigo, me han contado cosas y me gustaría saber qué es lo que tú dices.

—¿Decir respecto a qué? —inquirió como a la defensiva.

—No sé, no es cuestión de hablarlo por teléfono. Estoy en la granja de mí tío, unas vacaciones, ya sabes. Soy su única heredera y por lo que dicen, quizás hasta sea rica algún día.

—No me digas que vas a convertirte en granjera.

—Yo, no, pero alguien puede comprar la granja si algún día pasa a mis manos.

—Sí, claro, puede ser. ¿Y es muy grande la granja?

—Mucho, voy en camioneta por dentro y hay un capataz joven y hasta diría que guapo.

—Si te enamoras de él, ya te veo convertida en granjera —se burló Young.

—A mí me gustaría más continuar mis estudios. Oye, ¿por qué no te acercas por aquí y salimos juntos? Siempre decías que querías pasear conmigo por lugares solitarios.

Young tardó en responder y su silencio, a Zara se le antojó eterno. Tuvo la impresión de que la comunicación se había cortado.

—¿Y eso queda muy lejos? —preguntó al fin, como no muy convencido.

—Para un chico que conduce como tú, no es demasiado. Te voy a dar la dirección, anótala. Te vienes a un lugar que se llama la taberna de O'Brien que también es hostal, te instalas aquí y me llamas al teléfono que voy a darte. Verás cómo no te arrepientes.

Le dio la dirección y el teléfono.

Los tres hombres que antes bebían cerveza abandonaron la taberna, alejándose con sus poderosas motocicletas.

Zara se sentía mucho mejor. Era como si la gran bóveda celeste se hubiera abierto dejando pasar más luz y más sol.

Salió de la taberna antes de que la gorda Evelyn la acosara a preguntas, no tenía deseos de hablar de los problemas que aquellas gentes tuvieran con su tío. Las abejas la habían obsequiado con un fragante saludo matinal, podía salir de la granja con un vehículo que si no era vistoso, sí resultaba útil y había conseguido hablar con

sus amigos que seguro irían a verla.

Rodaba sin prisas de regreso a la granja. Le parecía que el verdor del campo era más espléndido y el cielo, más azul. Tenía esperanza en la vida y prefería no pensar en los problemas.

La muerte de sus padres había quedado atrás, era un recuerdo doloroso pero recuerdo al fin. Ella tenía que vivir su vida. Todo cambiaba, pero podía ser para bien, se dijo. Al lado del viejo de las abejas volvía a sentirse protegida. Ya le convencería para que le pagase la universidad; después de todo, si la granja terminaba por heredarla ella, no tenía por qué haber problemas económicos.

Iba encadenando una ilusión con otra, emociones sentidas antes de vivirlas cuando, de súpito, al entrar en la garganta junto al riachuelo, tuvo que pisar a fondo el freno.

En medio de la pista sin asfaltar que conducía a la granja de las abejas había una motocicleta caída y el motorista, también caído, estaba unos pasos más lejos.

No podía soslayarlos, o golpeaba la motocicleta o atropellaba al hombre que seguía con el casco puesto pero inmóvil, muerto.

Acercó su vehículo hasta la motocicleta y se detuvo. Mirando al hombre a través del cristal parabrisas, sintió angustia. Si tenía que cargarlo ella sola en la camioneta, le iba a resultar muy difícil.

Apenas habían transcurrido dos o tres segundos desde que se detuviera cuando se abrieron las dos portezuelas de la camioneta. Zara miró a derecha e izquierda. Dos hombres con cazadoras de cuero y las cabezas ocultas por cascos de motorista alargaron sus manos hacia ella.

—¡No, fuera!

Uno de ellos logró quitar la llave del contacto cuando Zara intentó poner de nuevo en marcha la camioneta, lo que consiguió un corto trecho, pues golpeó la motocicleta supuestamente caída, produciendo un gran chirrido al raspar los hierros de la moto contra el suelo.

—¡Dejadme, dejadme! —gritó, agarrándose al volante para impedir que la sacaran de la cabina.

Uno de aquellos individuos que la atacaban le hundió el puño en el costado con la evidente intención de dañarla, de amedrentarla. Luego, un empujón y cogida por los hombros y los pies pese a que intentaba dar patadas, fue sacada en volandas del vehículo.

—Grita, grita lo que quieras —le dijo riendo el que había permanecido tirado en el suelo simulando un accidente— Nadie te va a oír.

Zara gritó y forcejeó, pero ellos eran tres y fuertes. Cuanto más gritaba ella, más se divertían, porque en aquel asalto los tres volcaban su sadismo, hasta aquel momento contenido.

—Junto al río será más divertido —propuso el que había estado en el suelo y que no la sujetaba.

Zara fue llevada en volandas por la pendiente, una veintena de pasos más lejos. Allí había hierba y el pequeño río cuyas aguas se deslizaban frías y en silencio, sin murmullos.

—¡Soltadme, canallas, soltadme!

La soltaron, pero quedó entre los tres granujas que se quitaron los cascos, dejando al descubierto sus respectivas cabezas.

—¿No te acuerdas de la bofetada que me diste? —preguntó Logan riéndose sardónicamente.

Zara trató de escapar, le dieron un empujón y fue a parar a las manos de otro que la volvió a empujar y así fue de unas manos a otras, sintiéndose golpeada y aturdida.

Caída entre los tres, asustada y sollozando, comprendió que iban a ultrajarla, a violarla y quién sabe si hasta a asesinarla después.

—¡Dejadme, dejadme ir, no diré nada!

Los tres volvieron a reírse mientras se quitaban las cazadoras y luego las camisas, desnudando sus torsos. Dos de ellos se sentaron para quitarse las botas y Zara volvió a tratar de huir, pero el que quedaba en pie la sujetó. Le abrió el jersey con la evidente intención de comenzar a desnudarla. Zara no pudo impedir que sus pechos grandes y hermosos saltaran hacia adelante descubiertos, desafiantes.

Zara, violentamente empujada, volvió a caer al suelo con los cabellos tocando el agua de la orilla.

—No sé por qué te asustas tanto, si será la mar de divertido. ¿No te has sentido nunca puta? Ya verás lo que hacen las putas, un polvo detrás de otro hasta que quedes exhausta.

Tratando de ocultar sus pechos para que su visión no excitara más a los tres miserables, intentó retroceder arrastrándose, pero sus codos se hundieron en el agua mientras ellos, ya desnudos como lombrices, la cercaban y se reían de su miedo.

—Vamos a ver, ¿quién es el primero?

—Yo —dijo Logan—. Tengo mis derechos.

—¿Por qué no nos lo jugamos a cara o cruz? Después de todo, hasta podría ser virgen y ese privilegio...

—¡Socorrooo! —gritó con todas sus fuerzas, desesperada, impotente para escapar por sí sola de tan humillante y horrible situación.

De pronto, hasta ellos llegó un fuerte zumbido y una nube oscura y densa se abatió sobre ellos.

Miles de abejas furiosas se lanzaron contra los hombres cubriendo sus cuerpos por completo en pocos instantes.

Logan trató de huir, pero acabó revolcándose por el suelo, aplastando a cientos de abejas que al mismo tiempo hundían sus aguijones en su piel para inocularte su veneno.

Caída en el suelo, viéndose envuelta por los millares de abejas, Zara tembló de miedo y no pudo ni gritar esperando el atroz final. Una picadura de abeja podía resultar molesta, miles de picaduras ocasionaban una muerte dolorosísima.

Otro de los asaltantes cayó al riachuelo, pero el agua no le cubría suficiente y las abejas, pegadas a su cuerpo, proseguían su ataque, suicidándose, porque todas las que clavaban su aguijón morían.

Lo que Zara estaba viendo era horroroso, no podía reconocer ya a los hombres, completamente cubiertos de abejas. Habían adquirido otra morfología, una nueva y horrenda piel les cubría, millares de alas agitándose mientras ellos sufrían convulsiones espasmódicas previas a la muerte.

Zara no comprendía nada. Ni una sola abeja le había picado a ella.

Notó algo en su mano, puso la palma hacia arriba y descubrió una abeja grande. Tenía como estrías gris brillante y escarlata oscuro. Tuvo la impresión de que con sus ojos de cuatro mil novecientas facetas la estaba mirando como si quisiera decirle algo.

La abeja se agitó, trató de caminar y al fin quedó quieta, muerta en su mano. Aquella abeja, como otros cientos, quizás miles, ya no tenía su aguijón, había quedado clavado en la piel de los asaltantes de las motocicletas.

Se levantó despacio, mirando a su alrededor. Miles de abejas

volvían a formar enjambre y se alejaban abandonando allí las compañeras muertas en la batalla.

Sintió deseos de llorar. No le cupo duda, las abejas habían acudido en su ayuda lo mismo que le habían llenado las ventanas con diminutos pedazos de pétalos de rosa y otras flores para que gozara con su perfumada fragancia.

Volvió a mirar a los tres hombres, desconocidos para ella, pues sólo los había visto en actitud provocativa en la taberna. Aún se movían, pero podía considerarlos muertos. Se hinchaban por la reacción del veneno recibido en cientos y cientos de aguijonazos, se deformaban horrorosamente.

Corrió hasta la camioneta, pero las llaves no estaban en el contacto y tuvo que retroceder y buscarlas entre las ropas que los tres miserables se habían quitado para sentirse libres en su ataque a la mujer.

En el riachuelo vio a uno de los individuos que todavía agitó el agua.

Empujada por un instinto de piedad que aquel tipo no merecía, se acercó como para ayudarle. El la miró con los ojos muy abiertos y el rostro horriblemente hinchado, rodeado de abejas, muchas de las cuales se alejaban muertas aguas abajo.

Cuando se le acercó más, comprobó que los ojos estaban ya demasiado abiertos. Unas abejas comenzaron a pasearse por su rostro y por encina de los ojos que no se cerraron. Zara comprendió que aquel desgraciado había muerto.

Asustada, horrorizada y extrañamente agradecida, regresó a la camioneta y la puso en marcha para alejarse de aquel lugar.

Sorteando la motocicleta caída, buscó el regreso a la granja de las abejas.

CAPÍTULO VI

Buscó a Alex en el barracón y no le encontró y faltaba uno de los furgones.

Entró en el enorme y destartalado caserón de madera y subió a su alcoba.

Sentía la necesidad imperiosa de lavarse. Se sentía sucia pese a que no habían llegado a mancillar su cuerpo.

Tenía que contener sus deseos de gritar y contarle a alguien lo que le había ocurrido.

La rudimentaria ducha anexa a su dormitorio le permitió sentirse mejor. Dejó que el agua resbalara largo rato sobre su bello cuerpo. Se restregó con jabón hasta dejarse la piel enrojecida.

Se cambió de ropa y bajó a la planta, encontrándose la mesa dispuesta y al viejo Howard esperándola para comer.

—Tío, he salido con la camioneta hasta la taberna de O'Brien y al regresar...

—Lo sé —dijo él despacio pero con reproche en sus extrañas pupilas color miel y veteadas con franjas escarlata.

—¿Lo sabes? —preguntó desconcertada.

—Sí, sé que te han atacado tres hombres, pero es mejor que lo olvides.

—¿Cómo, cómo lo sabes? —balbuceó acercándosele inquisitiva —. ¿Te lo ha dicho Alex?

—No, Alex ha ido a hacer desaparecer los cadáveres. Cuando las abejas atacan en enjambre, matan, y aquellos tres canallas han muerto, han sido ejecutados por lo que estaban haciendo.

—Pero, pero ¿quién te lo ha dicho?

—Las abejas, y ahora haz el favor de sentarte a la mesa, has de tomar tu jalea real.

Parsimonioso, totalmente dueño de sí, anciano pero en absoluto decrépito, tío Howard se sentó a la mesa.

Zara fue hasta su silla, pero en vez de sentarse, apoyó las manos sobre la mesa e inclinándose hacia delante, le dijo:

—Las abejas, las abejas, siempre dices que las abejas te lo

comunican todo.

—Y así es, mi querida princesa. Anda, toma tu jalea real y olvida lo ocurrido.

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¡Tres hombres muertos!

—Nadie lo sabrá, han muerto por las picaduras de las abejas, eso es todo. ¿Acaso te ha picado a ti una sola de ellas?

—No, es cierto —admitió con voz apagada.

—Entonces, ¿de qué te quejas? Has pedido auxilio y ellas han acudido en tu ayuda. Han muerto a cientos por salvarte, te han protegido y te protegerán siempre que estés en peligro.

—Lo que me estás diciendo es incomprensible y fantástico, como un extraño cuento de hadas donde las abejas tienen inteligencia.

—Es que la tienen, Zara. No son inteligencias individualizadas en cada abeja, pero sí en el enjambre, ya te lo conté. Apretadas forman un cerebro que toma decisiones.

—Es que no puedo entenderlo, no puedo. Las abejas son insectos y tú quieres hacerme creer que piensan como nosotros los humanos.

—Eso no, pero piensan, no te quepa duda. Aunque no te lo hayas planteado, existen otras formas de pensar. Imagínate qué hubieran pensado un siglo atrás de esos ordenadores de la última generación, máquinas procesadoras de datos y pensantes.

—Es distinto.

—No es distinto. Tú te has acostumbrado a que te hablen de los ordenadores y lo ves normal, en cambio de las abejas nada te habían contado.

—Es que tú me quieres hacer creer que hablas con ellas, dices que te lo cuentan todo.

—¿No has oído hablar del anillo de Salomón?

—¿El anillo de Salomón?

—Salomón tenía un anillo, un talismán que le permitía hablar con los animales y de ellos le llegaba parte de su sabiduría.

—Todo eso son historias poéticas, hermosas si quieres, pero yo no puedo aceptar que hables con las abejas.

—No hablo con ellas en la forma que tú y yo estamos conversando ahora, tienen otro lenguaje. Vuelan en círculos, dibujan como lazos y según la amplitud, velocidad y otros movimientos que semejan danzas, ellas expresan una cosa u otra, sólo tienes que saber interpretarlas y aprenderás, seguro, no te será

difícil. Tú estás muy capacitada para ello aunque todavía lo ignores. Lo supe cuándo te vi de niña, por eso, de entre toda la familia, fuiste elegida como princesa.

—¿Princesa, qué estás diciendo?

—Llegará un día y no muy lejano por cierto en que tú serás la reina de todas las abejas que existen en muchos kilómetros a la redonda.

—¿La reina, quieres decir que cuando tú mueras yo heredaré la granja?

—Sí, pero será más que eso. Progresivamente irás adquiriendo los conocimientos, ellas ya te han aceptado como princesa, te saludan, velan tu sueño y te defenderán hasta la muerte si eres atacada. Te seguirán a todas partes, protegiéndote, eres su princesa y pronto serás su reina.

—No comprendo nada de todo lo que me dices y tampoco quiero comprenderlo. Soy universitaria, me falta un curso y seré una licenciada, encontraré trabajo y viviré mi vida.

—Tú ya no te irás de aquí, tu vida está con tu reino, el reino de las abejas. Eres una princesa ninfa, pero llegará el día de la gran metamorfosis y te convertirás en reina. Lo que venga después ya te lo iré contando a medida que puedas comprenderlo y aceptarlo.

—¿Princesa, ninfa, reina? No entiendo, tengo la impresión de que tratas de enloquecerme.

—No trato de enloquecerte. Cuido de ti desde hace tiempo, aunque no te hayas dado cuenta. Sé que aunque compañeras tuyas no lo sean, tú eres virgen. Tu virginidad era necesaria para la metamorfosis. —Me das miedo, tío Howard.

—No te he de dar ningún miedo. Te he protegido porque te elegí para ser la reina de las abejas. Ni tu abuela ni tu madre, tus tías ni tus primas, tenían tus condiciones para ser elegida reina de las abejas. No trates de entenderlo todo ahora, sentirías confusión. Deja pasar los días, yo te iré enseñando hasta que logres hablar con ellas. No debes temerlas, eres la elegida, ellas elaborarán jalea real para que la tomes tres veces cada día.

Tío Howard, me ha encantado conocerte, he visto cosas maravillosas de las abejas y otras horribles que jamás podré olvidar, pero creo que debo marcharme.

—¿Marcharte? —repitió sin miedo, casi como si hubiera

esperado oír una decisión semejante.

—Sí, me iré, no estoy hecha para comprender el mundo de las abejas.

—Ya verás cómo sí, todavía estás afectada por lo que te acaba de ocurrir, es lógico. Tu sangre y tus nervios están alterados, necesitas reposo. Dentro de dos días hablaremos de nuevo.

—¿Dos días?

—Sí, serán suficientes para templar tus nervios. No han sido las abejas quienes te han atacado, sino tres canallas.

Zara respiró despacio, como si le costara llenar y vaciar sus pulmones. Apareció entonces la sirvienta asiática y le sonrió mientras le preparaba el plato de verdura con miel y la pequeña fuente de jalea real.

* * *

—Alex —interpeló al encargado de la granja cuando lo vio aquella tarde, cerca del caserón del viejo de las abejas.

—Hola —saludó él, mirándola despacio e inclinando el ala de su sombrero hacia delante, casi sobre los ojos, una actitud que podía tildarse de insolente.

—¿Has ido a buscar a los motoristas?

—Allí ya no queda nada.

—¿Nada?

—Eso es, nada, olvídalo.

—¿Dónde están ahora?

—Olvídalo, olvídalo todo.

—Pero, ¿dónde están los cadáveres?

—El viejo quiere que lo olvides, ha sido un mal encuentro.

—No puedo olvidarlo. ¿Y la policía?

—La policía no vendrá por aquí, las abejas les asustan. ¿Y qué van a temer de un viejo? Esos tres tipos han desaparecido, eso es todo, y mejor así. No sería agradable para ti tener que dar explicaciones de lo ocurrido en un proceso público.

—Tú estás de acuerdo en todo con mi tío Howard, ¿verdad?

—Bueno, yo trabajo, él confía en mí y yo cumplo, eso es todo.

—¿Y cuándo el viejo desaparezca?

—Tú serás la reina.

—¿La reina? —Aquella palabra comenzaba a preocuparla— Yo voy a marcharme.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—El viejo no te dejará marchar.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero sé cómo piensa. Para él, el mundo de las abeja lo es todo y no se va a morir sin dejarlas a buen cuidado.

Yo no sé nada de abejas ni me interesa saber.

—Aprenderás, seguro.

—¿Qué le debes a mí tío? El dijo que si te marchabas de aquí irías al infierno.

Sus palabras eran una provocación, esperaba que Alex reaccionara y le contara sus secretos.

—Yo no sé si te lo va a decir el viejo o voy a tener que decírtelo yo.

—¿El qué?

—Soy lo que llaman un presidiario. Por buena conducta estoy en régimen de cárcel abierta gracias a la intervención del viejo que me ofreció trabajo y me sacó de la cárcel. Paso mis revisiones y de cuando en cuando se acerca el inspector social a dar un vistazo. El viejo habla bien de mí y él se marcha satisfecho. Yo no me meto en problemas y espero a que llegue el día de mí total liberación. El viejo ha salido como avalador mío y yo no voy a traicionarle, él me pide que le cuide la granja y yo la cuido, él no quiere que tenga líos contigo y no voy a tenerlos. Yo podría tomar un furgón y largarme a mil kilómetros de aquí, pero no sería bueno, aquí tengo trabajo. Sabía de abejas, pero ahora sé mucho más. Dentro de tres años termina mi condena y entonces seré libre completamente.

—¿Un presidiario? —Oscureció la voz, desagradablemente sorprendida—. ¿Cuál fue tu delito?

—Maté a dos hombres, dijeron que fue un ajuste de cuentas. Yo llevaba un camino equivocado en la vida, es una historia larga, pero el jurado consideró que había actuado en defensa propia y mi condena no fue tan severa como algunos esperaban.

—¿Mataste a dos hombres?

—Así es. Los que van a la guerra también matan hombres, no es

que trate de justificarme, pero...

—No es lo mismo.

—Por favor, Zara, no vayas a decirme que los que fueron a Vietnam defendían su patria, mataban y en muchas ocasiones estaban drogados, y los soviéticos en Afganistán tampoco defendían a la URSS, las guerras son así. No intento justificar nada, me metí en problemas y la cosa terminó en sangre. La sociedad me condenó y ahora estoy pagando —Ya.

—Por un anuncio de una revista, escribí al viejo y el viejo escribió al director de la cárcel. Me ofrecieron la oportunidad de trabajar aquí los años que me quedaban de condena y así lo hago.

—Pero si escondes cadáveres, pueden encerrarte de nuevo, ¿eres consciente de ello?

—Yo no he cometido ningún crimen. El viejo me lo ha pedido y yo hago el trabajo.

—Es evidente que le estás muy agradecido.

—No lo dudes. El viejo no abre los brazos, no deja que nadie se le acerque, pero te deja hacer. Yo me busco las diversiones fuera de la granja evitando problemas con la policía, rio pruebo alcohol y los informes sobre mí son buenos. Prefiero estar trabajando aquí que seguir en la cárcel. Ah, mi abuelo era apicultor, por eso respondí al anuncio insertado por el viejo buscando a alguien de confianza que no tuviera miedo a las abejas.

—Tú quieres al viejo, ¿verdad?

—La palabra "querer" es muy elástica, cada cual quiere o aprecia a su manera.

—¿Y hasta dónde llegarías por ayudar a tío Howard?

Hasta donde haga falta. El viejo Howard no hace daño a nadie, sus abejas producen mucha miel que yo llevo a los compradores y las abejas se alquilan a los agricultores. Yo las llevo y las traigo después de haber hecho su trabajo. El no sale de la granja. Si vienen a molestarlo, que se aguanten con los problemas que surjan.

—La gente se queja de que tantas abejas llegan a molestar.

—Eso no es cierto, las abejas no molestan si no se las molesta, lo que sucede es que algunas personas, cuando ven un enjambre cerca, se ponen histéricas.

—Yo vi las abejas en el hostal de O'Brien.

—Sí, se acercan por allí, pero no es para tanto.

—¿No es para tanto? Yo he visto morir a tres hombres y han tenido una muerte horrible.

—En esta vida hay muchas cosas horribles, dejémoslo en accidente desagradable por haberse acercado demasiado a la granja.

—No ha sido un accidente y tú lo sabes.

—Pero, ¿qué es lo que pretendes? —inquirió furioso—, ¿enfrentarte al viejo? ¿De qué te serviría? Es más viejo de lo que supones, nadie sabe los años que tiene y sólo por lo que ha vivido sabe más de la vida que nosotros. Déjale vivir en paz lo que le queda, tan contento que está con tu llegada...

—¿Contento? Está demasiado seguro de cuál va a ser mi destino.

—Sí, ya lo sé, te va a coronar reina de las abejas.

—Yo no seré reina de nada porque me iré de aquí.

Zara echó a correr, no sabía si asustada o sólo confusa. La mirada impertinente de Alex, aquel hombre joven y fuerte que admitía ser un presidiario y haber matado a dos hombres, la siguió.

Zara sabía que si Alex le hubiera puesto cerco, a ella no le habría molestado; pero él se mantenía a distancia porque sabía que el viejo Howard así lo exigía y Alex no traicionaba a su patrón.

¿Cuál era el poder real del viejo de las abejas? ¿Qué misterio había en su vida? ¿Cómo podían obedecerle las abejas, unos insectos tan alejados del ser humano? Demasiados enigmas que la joven no lograba desentrañar.

Howard era tan viejo que nadie sabía cuántos años tenía, pero no era un ser desvalido, tenía un poder tan grande que quienes le odiaban no llegaban ni a imaginárselo.

Tres cadáveres yacían en una fosa, festín de hormigueros gigantes y otros insectos sociales que limpiarían sus huesos hasta dejarlos blancos.

¿Habría otros cuerpos enterrados en distintos lugares de la granja, seres que habían pagado muy cara su curiosidad o quizá una irrefrenable aversión hacia el apicultor?

CAPÍTULO VII

Zara se levantó de la cama. Los rayos de una gran luna redonda y luminosa entraban por la ventana sin cortinas. La habitación quedaba suficientemente iluminada como para moverse en ella sin tropiezos. Había algo mágico en el ambiente, quizás el influjo astral del gran plenilunio.

Abrió el armario y allí no estaban sus ropas. Desconcertada, miró las perchas vacías, colgando de la barra metálica, desnudas como huesos sin carne.

Tomó la maleta por el asa y la sacó del armario. Pronto se dio cuenta de que pesaba muy poco. La puso sobre la cama, la abrió y...

—Vacía.

Su cuerpo, desnudo dentro del semitransparente salto de cama, sintió frío. La luz de la luna llena era fría también y se estremeció, quizás miedo, inseguridad.

Calzada con las ligeras zapatillas blancas y vestida con el vaporoso salto de cama, con los rubios cabellos cayendo sueltos sobre sus hombros, con sus ojos azules muy abiertos, intuyendo que se iba a enfrentar a su destino, un destino en el que no quería pensar por miedo a horrorizarse, Zara salió de la alcoba dispuesta a huir.

"Por la noche, las abejas duermen, no podrán avisar a tío Howard", se dijo, oyendo su propia voz dentro de su cerebro sin que sus labios se hubieran despegado para pronunciar aquellas palabras que resonaban con ecos dentro de su bóveda craneana. El caserón de madera se hallaba en silencio, si es que en un lugar como aquél podía instalarse el silencio, pues el enfriamiento nocturno de suelos, paredes y vigamen, hacía que la madera se contrajera y llenara el lugar de pequeños ruidos, como si extraños seres invisibles habitaran allí al mismo tiempo que los seres humanos.

Descendió por la escalera sin tocar los peldaños con sus pies, como si volara, temerosa de que el viejo Howard pudiera descubrirla y lanzar contra ella sus ejércitos de abejas asesinas.

Llegó hasta la puerta. Asió fuertemente el pomo y forcejeó con

él hasta que la puerta cedió y se encontró frente a frente con el plenilunio, como si la estuviera esperando.

Agitada, miró a un lado y a otro. Bajó del porche por los peldaños de madera y corrió hacia el barracón de los furgones y la camioneta mientras el salto de cama se expandía como unas alas.

Llegó junto a la camioneta olvidándose de cómo iba vestida, pues cualquier par de ojos que la descubrieran observarían su desnudez, ya que la bata de gasa apenas la cubría y su figura femenina quedaba bien perfilada. Sus redondeces destacaban poderosamente, sus pezones eran dos rosetones que invitaban al amor, al beso, a la succión y el vello negro y abundante destacaba atrayente.

—Maldito, maldito —gimió al no encontrar la llave de la camioneta. No estaba colocada en el contacto ni en la guantera.

Salió de la camioneta y buscó en los furgones, pero tampoco estaban allí las llaves.

Pensó que Alex tenía la culpa. Debía haber previsto su intención de fuga y había quitado las llaves de los vehículos para que no pudiera escapar, por ello le habían hurtado las ropas también.

—Escaparé lo mismo, escaparé lo mismo —se dijo resuelta.

Echó a correr alejándose del barracón y del caserón que quedó a su espalda, iluminado por la gran luna llena que lo convertía en una masa siniestra y espectral.

"La noche es mi aliada, las abejas duermen. La noche es mi aliada, las abejas duermen", se repetía mientras corría por el camino sin pensar en la fatiga ni en sus pies calzados ligeramente con unas zapatillas de cama mientras la bata la envolvía como un aura plateada.

La distancia hasta la salida era grande y lo sabía, tenía que recorrer kilómetros hasta la puerta de la verja donde aparecía pintada la gran abeja de aspecto simpático. Millares de árboles frutales la rodeaban, frutales plantados allí para uso y disfrute de las abejas, pues nadie recogía sus frutos que una vez maduros, se desprendían y se pudrían, dejando intensos olores dulzones en el ambiente que debían embriagar a las abejas.

Corría y corría, jadeante, ansiosa por llegar a la puerta y escapar de la granja. No supo cómo, pero el camino se fue estrechando hasta que las ramas de los frutales golpearon su rostro, su cuerpo,

como queriendo retenerla en su fuga, como si también tos árboles hubieran recibido la orden del viejo, como si éste fuera un diabólico mago que se hacía obedecer por insectos y plantas para conseguir todos sus propósitos. De súbito, se detuvo. Estaba frente a un montículo que no era más que una colmena gigante. Contuvo la respiración.

Si las abejas la descubrían, de alguna manera conseguirían avisar a su amo y señor.

Se llevó un gran sobresalto que le hizo ahogar un grito al ver junto a ella a uno de aquellos trabajadores vestidos de blanco y que protegían sus cabezas con capuchas con frontales de plástico para que no les picaran las abejas.

—¡Ayúdeme, ayúdeme! —le pidió, reaccionando.

El zángano no respondió. Ella no podía verle la cara, la noche hacía que el plástico que cubría su rostro se viera más oscuro, tan oscuro que era impenetrable.

—¡Por favor, ayúdeme! —le gritó, pero el zángano no se movía, seguía frente a ella, inmóvil como una estatua—. ¿Es que no me oye?

Lo zarandeó, le cogió— la capucha protectora y se la arrancó. La luz de luna, mágica y embrujadora, dejó al descubierto su rostro y el horror invadió el espíritu de la joven. Se echó hacia atrás mientras lanzaba cortos y agudos gritos.

No era un ser humano.

Tenía la cabeza de una abeja, una abeja gigantesca que miraba a Zara con sus enormes ojos de infinitas facetas. Su trompa movible, la faz velluda, jamás había visto nada semejante.

Dio media vuelta para escapar del horrible ser que cuidaba de las abejas, pero entonces descubrió a otros dos zánganos gigantes que ya llevaban sus repugnantes cabezas al descubierto.

Trató de escapar gritando, pero aparecieron nuevos zánganos que fueron estrechando el cerco en torno a ella.

—¡No me toquéis, no! —gritó aterrada ante la proximidad de los insectos gigantes que con sus trajes de apicultores habían tratado de parecer personas, seres humanos y no los insectos que eran en realidad.

Se sintió apresada por los brazos. No podía escapar, aquellas manos eran como tenazas que la levantaron en el aire.

Sus zapatillas cayeron al suelo y fue transportada entre los árboles frutales. Chillaba, desesperada, pero nadie semejaba oírla y aquellos seres que hacían su trabajo obedientes y sumisos no habrían de atender sus súplicas ni cambiar lo que debieran hacer.

Llegaron a un claro donde se levantaba una gigantesca colmena de varios metros de altura. En la base, una gran entrada parecía hundirse en la tierra y por ella introdujeron a Zara.

Una suave luminosidad verde dorada lo iluminaba todo. Al final de la galería llegaron a una gran pared llena de celdas hhhexagonales.

Una de las celdas era mucho más grande y estaba a ras de suelo. Zara se vio llevada hasta ella y gritando, intentó agarrarse a alguna parte para no ser encerrada en aquella celda del panal.

—¡No, soltadme, soltadme!

Los zánganos comenzaron a desprender por sus bocas un hilo viscoso con el que envolvieron a Zara, un hilo tras otro en torno a ella, aprisionándola, formando un capullo que la encerraba.

Desesperada, gritaba y gritaba, pero dentro de aquella gigantesca colmena donde fuera introducida, nadie la oía.

—¡Socorro, auxilio! —chillaba, incapaz de escapar a aquella seda que la envolvía hasta ocultarla por completo.

Encerrada dentro de aquel capullo, fue introducida en una de las celdas, la mayor de todas.

"Serás la reina de las abejas, serás la reina de las abejas, serás la reina de las abejas..." repetía una y otra vez la voz de su tío dentro del cerebro de Zara que ya no veía otra cosa que una luz dorada.

—No es posible, Dios mío, no es posible —sollozó, incapaz de escapar—. Me han convertido en una ninfa, en una crisálida. No, no puede ocurrir la metamorfosis, no puede ser, sería una locura diabólica, yo no soy una ninfa, no lo soy.

De pronto, se vio a sí misma convertida en abeja reina e imaginó como sería su metamorfosis, la transformación de hembra humana en reina de abejas.

—¡Quiero morirme, quiero morirme... quiero morirmeeeee! —gritó hasta perder el sentido.

Aquella sería la noche de la metamorfosis.

CAPÍTULO VIII

Zara abrió los ojos como si la noche de la metamorfosis de la crisálida hubiera terminado.

Le vio a contraluz, estaba delante y de espaldas a la mayor de las ventanas por la que entraba la luz diurna. Era el tío Howard, el viejo de las abejas.

—No sueñes con marcharte, Zara, tú ya no puedes irte —le fue diciendo con su voz grave y algo monótona, sin moverse de donde estaba, siempre a contraluz y sin permitir que Zara le viera el rostro.

—¡Quiero irme!

—Yo te elegí. He esperado años a que vinieras por ti misma y al fin llegaste. Yo he de morir y tú has de seguir mi tarea, eres la elegida. Cuidarás de las abejas y ellas cuidarán de ti, no te faltará alimento, dinero ni protección. Nadie podrá atentar contra ti porque lo pagará muy caro, como lo pagaron los tres tipos que te atacaron en la carretera. No debes tener miedo de nada.

—!Yo no quiero quedarme aquí, no quiero!

—En ese caso, me obligarás a emplear otros métodos contigo.

—¿Qué harás, llamar a los zánganos?

—¿Ya lo has descubierto? —preguntó el viejo sin moverse de donde estaba, dando la espalda a la ventana mientras Zara continuaba en la cama, agarrando las sábanas con sus manos en un gesto de crispación.

—Los he visto en una horrorosa pesadilla.

—No es necesario que trates de comprobar la realidad, es casi seguro que son como tú los has soñado.

—Son monstruos.

—Son el resultado de una experimentación de ingeniería genética que no fue óptima, lo admito, mitad zánganos mitad vertebrados, monstruos sumisos e ignorantes de sus poderes físicos. No fue el éxito que esperaba, el científico desapareció y nadie más ha sabido de él. En tu reinado quizás encuentres a otro científico con más talento y suerte que el que yo traje a la granja para que

trabajara para mí. Vas a tener mucho tiempo por delante. Te alimentarás de jalea real y miel y vivirás muchos años, más de los que imaginas, y no podrás revelar tu edad para que el mundo no se asuste de ti. Sí, tú podrás encontrar a ese científico que con la ingeniería genética conseguirá el éxito.

—¿Qué pretendes, crear más monstruos, conseguir que las abejas sean gigantes?

—Los seres humanos ya han cumplido su ciclo, un ciclo infernal. Ambiciones, codicia, muerte. Han nacido, viven y sólo les queda desaparecer. La tierra será el reino de las abejas. Desaparecerá la contaminación, los pesticidas, las malignas radiaciones nucleares, los gases venenosos de los motores de explosión y comenzará a regenerarse el aire, las aguas, la tierra, el planeta se llenará de flores que las abejas libarán. Correrán ríos de miel, los árboles fructificarán y las especies de plantas y animales que se extinguían volverán a regenerarse y a multiplicarse. Las abejas serán las artífices de todo ese esplendor.

—Estás loco, tío Howard, loco.

—Mi cuerpo ha durado mucho, más de lo que nadie puede imaginar, pero ya está agotado y precisa el relevo. Hubiera preferido que amaras a las abejas y entendieras todo lo que te he contado, pero tu mente está cerrada a la verdad y al cambio. Tu cuerpo es maravilloso, pero tu cerebro está radicalizado desde el punto de vista de un mundo mejor y maravilloso, podría decir que está podrido.

Sarcástica, preguntó:

—¿Y qué piensas hacer, extirpármelo?

—Supongo que no habrás olvidado lo que te dije.

—¿El qué? Me has dicho ya tantas cosas.

—Un enjambre apretado de abejas constituye en sí mismo un cerebro que piensa y decide, como si el pequeño cerebro de cada abeja fuera un grupo de neuronas capaz de comunicarse con el de sus compañeras hasta formar un cerebro completo, pensante y decisorio.

—Estás enfermo, tío Howard, sólo hablas de locuras.

El viejo de las abejas dio unos pasos, ya no quedaba a contraluz.

Se detuvo y sus ojos semejaron estallar mientras todo su cuerpo quedaba quieto, hierático, casi pétreo. Era como si los ojos hubieran

desaparecido dejando las cuencas vacías, negras, como galerías abiertas a lo insondable.

Ante el espanto de Zara que con sus ojos muy abiertos lo miraba atónita, comenzaron a salir abejas por las cuencas del viejo Howard, decenas, cientos de abejas que desplegaban sus alas zumbando mientras se dirigían hacia la cama y volaban en círculo sobre la aterrada joven que temía ser atacada por el enjambre.

Sin llegar a tocarla, después de volar sobre Zara, las abejas regresaron a las cuencas vacías y se introdujeron por ellas en la cabeza de tío Howard hasta que no quedó ni una.

Los ojos volvieron a parecer normales dentro de su aspecto misterioso, ojos color miel con vetas escarlata.

—Lo mismo que en los pueblos de los seres humanos, en el reino de las abejas hay enjambres más inteligentes que otros. No temas, Zara, tú reinarás con la máxima inteligencia del reino de las abejas.

Era como si las cuerdas vocales de la muchacha estuvieran cortadas, incapaces de articular sonido alguno. El pánico la había bloqueado.

El viejo abandonó la alcoba dejándola sola, seguro de que no podría escapar, de que el destino que había elegido para ella no se torcería.

Zara corrió hacia la puerta saltando de la cama, pero no había cerrojo con que protegerse. Pegó su espalda a la hoja de madera y sus pechos se agitaron por el sollozo de miedo.

—No es posible, no es posible, me estaré volviendo loca. Tengo que huir, tengo que huir.

Corrió hacia el armario donde guardaba su ropa, pero las perchas estaban vacías, como esqueletos de plástico y madera. Tomó su maleta, la puso sobre la cama y la abrió, tampoco había nada dentro de ella.

—Dios mío, como en la pesadilla.

Recordó cómo había terminado su pesadilla, encerrada ella dentro de un capullo de seda como una crisálida antes de la metamorfosis. Se sintió mal y vomitó llanto, porque el llanto le llegaba desde las mismísimas entrañas.

Vestida con el semitransparente salto de cama comprado por ella misma en unos grandes almacenes, calzados sus pies con las ligeras zapatillas, se dijo:

—Tengo que huir, tengo que huir.

Todo era como en su pesadilla nocturna, sólo que no era de noche sino de día.

Abandonó el dormitorio y bajó las escaleras corriendo, encontrándose de frente con la asiática que la miró siempre sonriente.

—¡Ayúdame, ayúdame a escapar! —le gritó mientras la cogía por los hombros y la zarandeaba para conseguir que la entendiera, pero la fornida mujer seguía sonriendo sin demostrar entenderla.

Zara le cogió miedo. ¿Y si no era una asiática contratada sino también el resultado de uno de los horribles experimentos genéticos entre humanos y abejas?

Se apartó de ella, la sorteó y salió al porche bajando los peldaños hasta llegar a la tierra.

Corrió hacia el barracón de los vehículos, allí estaba la camioneta y un furgón, pero al abrir la portezuela no tardó en comprobar que al igual que en la pesadilla, las llaves no estaban en el contacto. Furiosa, golpeó con sus puños el asiento del vehículo.

—¡Socorro, que alguien me ayude! ¡Por favor; que alguien me ayude!

Como nadie había para ayudarla, recobró fuerzas de sí misma y buscó en la guantera, pero las llaves tampoco estaban allí.

Miró en los estantes del barracón sin que las llaves aparecieran por parte alguna.

—Es de día, no puedo perderme como en la pesadilla —se dijo, y echó a correr hacia la carretera que debía conducirla a la entrada de la granja.

No se había alejado mucho de la casa cuando vio venir hacia ella un enorme y amenazador enjambre de abejas. Recordó lo ocurrido a los tres hombres que intentaran violarla y dejó de correr. Tragó saliva.

Las abejas fueron hasta ella y la envolvieron de tal forma que Zara dejó de ver mientras sentía los millares de insectos alados corriendo por su piel. Se habían pegado a su cuerpo como al fruto maduro del árbol que rezuma azúcar.

Comenzó a gritar despavorida. No podía soportar la sensación de los millares de insectos pegados a su cuerpo, introduciéndose por entre la bata de gasa y su piel. Ninguna abeja le había clavado aún

su aguijón, pero podía ocurrir en cualquier momento y la muerte sería horrorosa.

Manoteaba en el aire dando traspiés cuando sonaron unos claxonazos frente a ella. Zara apenas pudo ver una figura humana que saltaba de un furgón.

Alex llevaba consigo un fumigador manual con la presión justa para ser operativo al instante. Enfocó la boquilla contra la muchacha que estaba totalmente cubierta de abejas y el gas grisáceo, brotó como una nube, envolviéndola.

Alex siguió disparando aquel gas hasta que Zara, tambaleándose, caía de rodillas y luego tendida, perdido el sentido.

—¡No temas, sólo es un anestesiante! —le gritó el joven antes de que ella cayera en el pozo de la inconsciencia.

Alex dejó en el suelo el fumigador que adormecía a las abejas sin dañarlas y tomó a Zara de los brazos.

La arrastró fuera de la nube de gas y con las manos, comenzó a sacudir las abejas, pero el salto de cama dificultaba la tarea y optó por quitárselo.

Ya desnuda, pudo desprender de su cuerpo todas aquellas abejas que la habían acosado pero no picado. La habían asustado sin llegar a dañarla con sus aguijones.

—No temas, no te ha pasado nada —le dijo Alex que sintió que su paladar se secaba y su sexualidad despertaba al tener entre sus brazos el cuerpo rabiosamente hermoso y joven de Zara.

CAPÍTULO IX

Grace miraba interrogante a Young que sostenía en su mano el auricular del teléfono.

—Señor, sólo quiero hablar con Zara, eso es todo —repitió Young.

—Zara no quiere hablar con nadie —replicó la voz grave del anciano al otro lado del hilo —.Márchense.

—Ha colgado —gruñó Young, todavía con el teléfono en la mano, mirando a la joven morena, grácil y de aire exótico.

—Pues es una lata, un viaje tan largo hasta aquí para luego no verla. ¿La tendrá secuestrada?

—¿El viejo? —preguntó Young divertido.

—Nunca se sabe. Ella me telefoneó pidiéndome que viniera.

—Y a mí, me está esperando ansiosa, sólo que ese viejo chocho se interpone.

—Si no la puedo ver, será mejor que regrese.

—Yo no deserto tan pronto.

Grace propuso:

—Podríamos llamar de nuevo por teléfono a otra hora por si lo coge ella.

—Haz lo que quieras. Tú quédate en este miserable hostal y yo me acercaré a la granja por si la veo, y si me topo con el viejo, ya le haré cambiar de opinión.

—¿Qué te propones, Young, cortejar con más ardor a Zara ahora que tiene muchas posibilidades de ser una rica heredera?

—Pero, ¿qué dices? —preguntó burlón y como molesto— ¿Desde cuándo piensas que soy tan ambicioso? He tenido muchas oportunidades para dar un magnífico braguetazo y no lo he hecho.

—¿Por qué, acaso porque les tienes miedo?

—¿Miedo, miedo a quién, querida?

—A los proxenetas que te pagan, a la mafia de la que formas parte. Si te casas para vivir por tu cuenta con una rica heredera, a lo peor ellos piensan en vengarse de ti.

—¡Qué imaginación, vaya historias te inventas!

—Sabemos lo de Tully.

Young se puso serio de pronto.

—¿Qué es lo que sabes?

—Liaste a Tully hasta llevarla a un lugar donde la violaron y humillaron para convertirla en puta.

—¿Quién te ha contado semejante idiotez?

—Tully, antes llamada Jennie.

—No sé de quién me hablas y tampoco sabía que te gustara beber.

—No te hagas el tonto, Zara también lo sabe. Fue ella quien se encontró con Tully en un área de servicio de la autopista y se lo contó todo, la puso en guardia.

—Y tú la has estado mareando para que se aleje de mí. ¿Qué te pasa, Grace? ¿Es que tienes celos y me quieres para ti sola o es que te gusta Zara y por eso quieres apartarla de mí?

A Grace se le abrieron mucho los ojos ante lo que consideró unos horribles insultos que

la humillaban. Le temblaron los labios al querer replicar y después de dudar, le espetó:

—¡Eres un cerdo!

Young, sonriente, muy seguro de sí, avanzó hacia Grace que retrocedió hasta tocar la pared con su espalda. Young era un perfecto canalla, pero a ella le gustaba, como gustaba a muchas otras mujeres, incluida Zara.

—Si me tocas, grito —advirtió ella tensa como la cuerda de un arco presto a ser disparado.

—No gritarás porque me deseas, todas me deseáis, lo sé, lo veo en vuestros ojos, en vuestros labios temblorosos, lo noto en vuestras bocas.

La besó en los labios. Ella trató de apartarse, pero no ofreció demasiada resistencia. Mientras era besada, notó como la mano del hombre se hundía por entre sus piernas para acariciarla intensamente.

Forcejeó, quiso escapar, pero sus fuerzas la fueron abandonando. Deseaba aquellas caricias y no gritó pese a que Young le levantó la falda, le palpó el pubis y supo bajarle las bragas para seguir acariciándola.

—Canalla —le insultó cuando, entre beso y beso, encontró algo

de saliva para mojar su lengua.

—Te gusto, te gusto, me deseas...

—Hijo de puta, por lo menos hazlo bien —fue la réplica de Grace con palabras que llevaban fuego, provocación, deseo y súplica a la vez.

Una vez complacida, Young compuso sus ropas y pasó por el pequeño aseo que había junto al dormitorio en el que se hallaban.

Cuando regresó al cuarto, lo hizo peinándose meticulosamente sus abundantes cabellos rubio oscuros. Era un joven muy atractivo para las mujeres, un hombre que podía salir en cualquier "spot" publicitario anunciando aguas de colonia de aromas agresivos y nombres sugerentes.

—Voy a buscar a Zara y la encontraré.

—Quédate, ya iremos juntos mañana —le dijo Grace como fatigada.

—Por lo que ha pasado no vayas a pensar que soy algo tuyo, querida, yo soy de todas. Seguro que Zara está deseando lo que tú ya has conseguido, pero no te pongas triste, tú y yo tenemos mucho que hablar. Cerca de mí, tu futuro puede ser más divertido.

Young bajó a la taberna donde la gorda y fofa Evelyn le miró con ojos de picardía, como si adivinara lo que acababa de ocurrir en el dormitorio, quizás tuviera un olfato muy especial.

—¿Por dónde se va a esa condenada granja de las abejas?

—¿De veras quieres ir a la granja? —se sorprendió la mujer—. Al viejo no le gustan las visitas.

—Pues a mí me recibirá. ¿Cuánta gente tiene trabajando para él?

—No se sabe, sólo conocemos a Alex.

—¿Alex?

—Es el capataz. Ten cuidado, dicen que ese Alex es un presidiario y de un puñetazo podría cambiarte el estilo de vida, lo digo por tu cara, ¿sabes? Eres muy guapo.

—Gracias, preciosa, pero que no te oiga tu marido.

El rubio Young subió a su coche deportivo con tracción en las cuatro ruedas que le permitía no sólo conseguir grandes velocidades, sino rodar por terrenos malos. Era una máquina para participar en rallies. Un atractivo caballero como él no podía ir montado en un mal caballo, las mujeres eso lo tenían muy en

cuenta y Young no descuidaba detalle.

Lo único que sabía era que la peor de las carreteras que convergían en la encrucijada llevaba a la granja que se hallaba a una veintena de kilómetros y que el viejo Howard no quería recibir a nadie, pero él tenía deseos de ver a Zara que le había llamado por teléfono y también deseaba comprobar por sí mismo cuáles eran las posibilidades económicas de la futura heredera de la granja de las abejas.

Llevaba la capota bajada con sensación de libertad y puso en marcha la cassette con música de Sting a toda potencia, ya que no molestaba a nadie ni nadie podía llamarle la atención por el volumen tan elevado de los altavoces.

Pasó por la garganta junto al riachuelo, sin saber lo que había sucedido allí a tres hombres que, lo mismo que él, buscaban a Zara.

Convencido de que le abrirían las puertas pese a lo que Tully había contado a Zara, llegó frente a la puerta de la verja donde estaba la gran abeja de madera pintada con vistosos colores.

—"Cerrado el paso, granja apícola" —leyó.

Con la mirada, sin apearse del coche, buscó un timbre que, pulsándolo, advirtiera en la casa que allí había alguien esperando.

La música no le dejó oír un fuerte zumbido, pero pese a sus gafas oscuras sí se dio cuenta de que el cielo se nublaba. Por un momento pensó que el sol se ocultaba, pero al volver la cabeza, vio sobre él la siniestra nube negra que conformaba un grandioso e inquietante enjambre de abejas.

—¡Dios! ¿Dónde me he metido? —exclamó comprendiendo el peligro que corría.

Pulsó el botón que levantaba la capota del coche mientras ponía la marcha atrás para escapar de aquel lugar que estaba resultando más hostil de lo que imaginara.

Como si las abejas se percataran de que trataba de protegerse con la capota, formaron como la manga de un tornado y descendieron hacia el coche mientras la capota se levantaba.

Cientos de abejas lograron introducirse en el deportivo antes de que la capota quedara cerrada.

Young quedó con la cabeza y las manos llenas de abejas que lo aguijoneaban furiosas mientras otras se le introducían por el cuello de la camisa, y lo mismo hicieron por las mangas y las perneras del

pantalón.

Ciego de dolor y espanto, estuvo conduciendo marcha atrás. Apretaba el acelerador como si pisando aquel pedal pudiera escapar del terrible ataque.

El coche se salió de la carretera, descendió por una pendiente y chocó contra un peñasco. Quedó quieto y el claxon comenzó a sonar.

Millares de abejas zumbaban sobre el coche mientras Young gritaba desesperadamente. Su voz quedaba ahogada por la música a todo volumen. Nadie oiría aquel claxon y Young ni siquiera pudo abrir las portezuelas del coche para intentar escapar.

Con cientos de picaduras, su cuerpo se hinchaba y deformaba, entraba en espasmos convulsivos que lo llevarían a una muerte dolorosa que ni siquiera había llegado a imaginar.

CAPÍTULO X

Al abrir los ojos y como entre brumas, descubrió a Alex. No se sintió aturdida, tenía plena conciencia de lo que le había sucedido.

—Tranquila, las abejas no te han picado, ahora avisaré al viejo.

—¡No! —exclamó ella incorporándose a medias. Se percató de que se hallaba desnuda bajo una sábana que apenas la cubría y asió la tela para mejor cubrir sus pechos que obviamente habían de atraer la mirada del hombre.

—Repito que estás bien, las abejas se han posado sobre tu cuerpo pero no te ha picado ni una sola.

—¿Ni una sola? ¿Te has entretenido en mirarme bien?

—Vamos, no seas susceptible. Llevo el gas para anestesiar a las abejas en caso de peligro, pero no te ha pasado nada.

—Podía haberme ocurrido como a los tres canallas de las motos.

—Sí, pero a ti no te atacarán, lo dijo el viejo.

—Alex, tienes que ayudarme a huir de aquí, tienes que ayudarme.

—¿A huir? Si todo esto va a ser tuyo. Yo sé que el viejo piensa que va a morir, su fortaleza es más ficticia que real, su cuerpo falla.

Tú vas a ser la dueña de todo, ¿por qué huir?

—¿Acaso no sabes lo que ocurre aquí? ¡Maldito, maldito, tú lo sabes!

—Si te refieres a los zánganos, lo sé, con los avances de la ciencia ya no puede sorprenderse uno de nada. He leído en alguna parte que están experimentando en simios con semen humano y viceversa, también que consiguen terneras del tamaño de ovejas y ovejas del tamaño de terneras... Muchos de estos experimentos son secretos, aquí hubo uno y pasó lo que pasó. Son inofensivos, aunque yo mismo tengo que apretar los dientes cuando veo la cara de uno de esos monstruos, pero no hacen nada, no hay peligro y no pueden reproducirse, así es que a medida que mueran irán desapareciendo y dentro de un tiempo todo esto sólo será una pesadilla a olvidar para los que la conozcan y el mundo nunca sabrá lo ocurrido, como sucede con tantos y tantos experimentos. —Los zánganos son

monstruosos, pero ¿y él, y él?

—¿El?

—El viejo no es humano, no lo es.

Alex quedó en principio como desconcertado.

—El viejo es normal como tú y como yo. Tiene la manía de las abejas y cualquier cosa que sirva para mejorarlas, la hará, eso es todo. Yo le debo mucho, ya lo sabes, todavía estoy en libertad condicional.

—Te repito que no es un ser humano, no lo es.

—¿Qué es entonces, un abejorro? —Se echó a reír de nuevo, pero ante él, Zara no reía, su rostro expresaba auténtico miedo.

—¿No te ha contado nunca que una abeja sola no es nada, pero cuando se apiñan en enjambre forman un cerebro pensante?

—Sí, algo de eso me ha contado. Ya te dije que mi familia era apicultora y que pocas cosas me sorprenden de las abejas.

—Tío Howard no es un ser humano. El, como hombre, hace tiempo que murió y nadie se enteró. Ahora, ahora —titubeó, trémula, segura de que no iba a ser creída—, ahora es un enjambre de abejas inteligentes.

—¡Qué tontería! ¿Y dónde se esconden?

—Dentro de su cabeza. Yo las he visto salir por sus ojos, las he visto, y pretende que yo sea como él. ¿No te das cuenta de lo que quiere hacer? Quiere vaciar mi cerebro para que el enjambre de abejas ocupe todo el interior de mí cráneo y así sea como él.

—Eso que me cuentas es absurdo.

—Ya no te pido que me creas, Alex, sólo te pido que me ayudes a escapar de aquí. No quiero ese destino para mí.

—La verdad es que el viejo es raro, pero tanto como dices…

—Debes creerme, no estoy loca.

—Las mujeres siempre creáis problemas.

—¿Las mujeres?

—Sí, yo tuve una pareja, se buscó problemas y me los causó a mí. Cuando me metieron en la cárcel se olvidó de mí y, por supuesto, yo me olvidé de ella. Después me di cuenta de que no había significado tanto en mi vida.

—No trato de crear problemas, simplemente te pido ayuda.

—Si me opongo al viejo, volveré a la cárcel.

—Te comprendo, pero…

—No tengo miedo a enfrentarme a nada, pero regresar al penal me preocupa, allí me asfixiaba.

—Tienes razón, yo no he estado nunca en una cárcel y debo comprender tu postura, pero tengo miedo y debo escapar.

—El viejo no te quiere ningún mal, tú eres su heredera.

—Quiere convertirme en reina de las abejas. Tengo pesadillas, es horroroso. Me veo transformada en una abeja gigante.

—No sucederá esa cosa que temes, simplemente serás la dueña de una granja grande y valiosa que si no quieres cuidar, podrás vender, pero si empiezas a estimar a las abejas no la venderás. Estoy seguro de que el viejo podría vivir mucho mejor de lo que vive, tiene dinero. Cuando heredes puedes construirte una casa nueva con todo el confort que desees.

—No trates de convencerme, estoy segura de lo que he visto, no es ninguna pesadilla.

El viejo no es un ser humano.

—Pues se comporta como tal.

—¿Tú crees? Esos monstruos que tiene como trabajadores, la granja bien cerrada con alambradas en un cerco completo, las abejas asesinas que le obedecen y le cuentan todo lo que pasa — Es un ente aislado que con el único ser humano que trata es contigo, un hombre que le sirve con toda confianza y que siempre le estará agradecido.

—En realidad, ¿qué pretendes que haga?

—Que me ayudes a escapar.

—¿Y luego?

—Tú puedes regresar aquí, si es eso lo que quieres. A lo mejor, el viejo ni se entera de que me has ayudado.

—El viejo se entera de todo.

—Si logro escapar, te juro que no contaré a nadie lo que pasa aquí.

—Si el viejo me echa, o regreso a la cárcel o me convierto en un fugitivo y quizás todo eso sea sólo por el nerviosismo de una mujer.

—Si piensas así, deja que te quite las llaves de la camioneta. No tienes por qué venirte conmigo.

—Tranquilízate. Después de todo, no tienes ni ropa, huías con salto de cama.

—Me ha quitado la ropa y los zapatos. ¿Cómo querías que

huyera? Ahora ya veo que estoy cubierta con una sábana...

—Puedo ofrecerte mi propia ropa. Si saliera, podría comprarte ropa adecuada.

—No te vayas, no te vayas, no me dejes sola en esta maldita granja. Tú eres el' único ser humano que hay aquí, aparte de mí. Si me quedo sola con ellos, me volveré loca.

—Cálmate, tienes que calmarte. Quédate aquí y yo iré a hablar con el viejo.

—Si vas a hablar con él, sabrá que estoy aquí —dijo, temerosa.

—Dentro de la granja, el viejo es como un dios, lo ve todo y lo sabe todo, las abejas se lo cuentan. No podrías esconderte en parte alguna sin que una abeja que tú no llegarías a ver se lo contara. Basta con que vuele de forma distinta delante de él para que pueda traducir el mensaje.

—Entonces, si no puedo escapar, prefiero morir.

—¡Qué barbaridad! Tú tranquila aquí hasta que yo regrese. ¿De acuerdo?

—Alex, ¿quieres que te diga lo que pienso?

—¿Sobre mí? —preguntó él cuando ya se había puesto en pie junto a la litera donde Zara se hallaba medio tendida.

—Le debes tanta fidelidad al viejo que creo que irás a contarle que estoy aquí.

—Eso es lo de menos, ya te he dicho que él puede averiguarlo, quizás ya lo sepa y hasta puede estar esperando a ver qué hago.

—Vas a entregarme al viejo, ¿verdad? Tú no puedes amar a una mujer, por encima de todo está tu fidelidad.

—Las mujeres sabéis cómo provocar y conseguir que el hombre diga lo que deseáis oír. Sí, me gustas, me gustas mucho, en esa misma litera donde estás ahora he soñado contigo dormido y despierto, pero sé que tu tío no va a consentir que me acerque a ti, él mismo te lo dijo. Mi única esperanza es que él desaparezca por ley de vida y tú le heredes, claro que como para entonces yo seguiré siendo el encargado de la granja y tú la rica propietaria, no vas a tener ningún interés por mí.

—Alex, tú también me gustas. ¿Por qué tenemos que hacer caso al viejo, por qué obedecer a ese monstruo que ni siquiera es humano?

—Te vas a calmar y vas a hacerme caso, ¿de acuerdo? Y no

temas a las abejas, el viejo debe haber ordenado que no te molesten. Aunque veas muchas sobre ti, no te asustes.

—No puedo soportarlo, no puedo.

—Pues tendrás que soportarlo. Ahora te voy a dejar y veré al viejo. Entiende que me lo estoy jugando todo.

—Sí —aceptó ella inclinando la cabeza, pero la mano de Alex le cogió la barbilla y se la alzó. Zara se encontró con un beso suave en los labios.

—A lo mejor, esto las "chivatas" no se lo cuentan al viejo. —Sonrió y dándole la espalda, salió del barracón-vivienda.

Inclinó el ala del sombrero hacia delante y se encaminó al viejo caserón de madera. Subió al porche con la elasticidad propia de su juventud y fuerza. Al verle, cualquiera hubiese pensado que nada le preocupaba.

—¡Señor Howard! —llamó con voz muy sonora y clara.

Cruzó el porche y entró en el caserón en penumbra. La supuesta criada asiática, siempre sonriente, pasó como una sombra cruzando la sala y volvió a desaparecer.

—¡Señor Howard!

—Adelante, Alex —respondió al fin la voz desde una butaca que se hallaba encarada con un gran ventanal.

Anduvo hacia él sin quitarse el sombrero. Fue a un lado del ventanal para luego dar la vuelta y quedar encarado con el viejo apicultor.

—Tengo que hablarle, señor Howard.

—Mi sobrina está en tu cabaña.

—Así es, señor Howard —respondió sin apartar su mirada del viejo, demostrándole que no le temía—. Está asustada. Las abejas se le han puesto encima a cientos y le ha cogido un ataque de nervios. Por suerte llegaba yo y he podido anestesiar a las abejas.

—No ha de tener miedo. Ninguna abeja la molestará, ninguna.

—Ella tiene miedo, señor Howard. Sería bueno que la dejara marchar algún tiempo.

—No, no puede irse, yo puedo morir en cualquier momento.

—Ella no está preparada aún para permanecer en el mundo de las abejas.

—Alex, me has servido bien y te tengo aquí y no en la cárcel que es donde deberías estar si no fuera por mí. Además, te pago con

generosidad. ¿No estás conforme?

—Sí, estoy conforme, señor Howard, me paga muy bien y estoy mejor aquí que en la cárcel, pero no estoy hablando de mí sino de Zara.

—De Zara tú no tienes nada que hablar. Le has sacado las abejas de encima, correcto, ahora tráela aquí que es donde debe estar. Yo la enseñaré a comunicarse con las abejas y a perderles el miedo. Eso es todo, Alex.

Alex suspiró pero no abandonó el lugar en que se hallaba, parecía resignarse a su destino.

—Usted sabe que le estoy agradecido y que trabajo bien, que no me emborracho y que si salgo a divertirme por ahí, porque sin esa posibilidad de diversión esto también sería una cárcel, vuelvo sin problema y trabajo como usted manda. No quiero que vea mala fe en mí, sólo pretendo ayudar a su sobrina.

—Quien ha de ayudar a Zara soy yo, no tú.

—Sí, pero...

—Es una hembra atractiva y te gusta. Ya te advertí que llegaría una mujer joven y que deberías permanecer alejado de ella. Busca las que quieras fuera de aquí, porque a Zara debes dejarla tranquila.

—Zara me ha pedido ayuda. Le tiene miedo, señor Howard, y si ella le tiene tanto miedo que me suplica ayuda para salir de este lugar, yo debo ayudarla y usted ha de comprenderlo porque esto no es una cárcel ni usted es el dueño de su sobrina.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Porque yo soy un empleado suyo, pero usted no es mi Dios ni mi rey, entiéndalo, y si una mujer me pide ayuda, yo se la presto aunque me ocasione problemas. Le prometo que he permanecido alejado de ella pese a que me enamoré nada más verla en la taberna de O'Brien.

—Lamento que hayas de abandonar la granja, nos llevábamos muy bien pero tú lo has estropeado todo. Cobrarás tu paga y regresarás a la cárcel.

—De acuerdo, acepto esta decisión suya, pero también he de decirle que Zara se viene conmigo y la dejaré libre en el lugar que ella me pida.

—Mi sobrina, la heredera de esta granja, no se irá en compañía de un presidiario convicto.

—Usted me ha echado, señor Howard. A partir de ahora, seré yo quien decida si regresar a la cárcel o convertirme en un fugitivo.

—Estúpido, por una mujer vuelves a ser un preso.

—Hasta aquí hemos llegado, señor Howard. Búsquese a alguien que le haga el trabajo como yo se lo he hecho, porque se queda solo con sus zánganos, con esos monstruos híbridos que un día creó. Y no tema, no diré nada a nadie, podrá usted seguir gozando de su soledad en compañía de las abejas.

—No permitiré que mi sobrina se vaya contigo —amenazó.

En su camino hacia la puerta, Alex se detuvo y se volvió hacia el viejo para preguntarle:

—¿Cómo va a impedirlo?

—Las abejas harán ese trabajo.

—Hasta ahora no he matado una sola abeja, pero si tengo que exterminarlas a todas para que no le suceda nada a Zara o a mí, no dude que lo haré. Yo no me asusto tan fácilmente.

El viejo Howard se puso en pie y le miró con ira.

—Me has obligado a tomar la decisión de eliminarte, Alex.

—De modo que ella tiene razón, usted no es un ser humano.

—Habla demasiado. Cuando transforme su cerebro, será como yo soy ahora, sólo que con un cuerpo joven y hermoso. Será la más bella reina de las abejas que haya existido jamás y a ti, Alex, te voy a exterminar yo mismo.

—¿Lleva armas? Demasiado viejo, ¿no cree?

Los ojos del viejo Howard se transformaron.

Las cuencas quedaron como vacías y de ellas comenzaron a surgir las abejas, un ejército que iba a atacar a quien constituía su enemigo.

Las abejas fueron hacia Alex. Este, pese a que sabía ya lo que podía ocurrir, quedó desconcertado, pero sólo fue un instante.

Se quitó el sombrero y comenzó a batirlo en el aire contra las abejas para impedir que se posaran sobre él y comenzaran a aguijonearlo para llenarlo de veneno.

De pronto, irrumpió una figura vestida de blanco con el traje antipicaduras y protegida la cabeza con la capucha con mirilla de plástico.

—Zángano, ¿qué haces aquí? ¡Fuera! —le gritó el viejo sin verle porque no le hacía falta mirar.

De sus ojos seguían saliendo las abejas asesinas.

El personaje vestido de blanco apuntó con la boquilla fumigadora a las abejas y apretó el gatillo haciendo salir el gas que las envolvió como una nube.

Los insectos, anestesiados, iban cayendo al suelo sin conseguir su objetivo de aguijonear a Alex, aunque unas cuantas de ellas sí le habían picado.

El viejo Howard rugió:

—¿Qué haces, estúpido?

El personaje de blanco destapó un frasco y arrojó su contenido líquido contra el viejo que quedó empapado.

—¡Vete al infierno, tío Howard! —gritó Zara que era quien vestía el traje blanco antipicaduras.

Hizo brotar la llamita de un encendedor y lo arrojó al viejo Howard que se inflamó con gran rapidez.

Un alarido largo, infrahumano, brotó de la garganta del viejo mientras por entre las llamas trataban de escapar las últimas abejas que quedaban dentro de su cabeza; pero se les quemaban las alas y caían al suelo poco más allá de donde ardía dando vueltas aquel extraño ser mitad humano mitad enjambre.

—¡Alex, Alex, huyamos de aquí, huyamos! —gritó Zara.

El fuego, debido a los tumbos y traspiés que había dado el viejo, se fue propagando a muebles y cortinajes.

Alex, medio atontado, se incorporó, todo le dolía. Se sacudió las abejas del cuerpo donde le salían pequeños bultos a consecuencia de las picaduras.

—¡Zara, Zara!

Todo se llenaba de humo y las abejas que no habían caído anestesiadas o quemadas, huían del humo.

Alex se acercó al viejo caído y medio quemado. Se tambaleó horrorizado al ver algo que le pareció espantoso: La cabeza de una abeja gigante asomaba por una de las cuencas vacías, pero no había conseguido salir del interior del cráneo del viejo Howard y allí había perecido, también medio quemada.

—¡Dios mío, es horrible! —exclamó la muchacha.

—Esa debe ser la reina. Su cuerpo abultado de paridora le ha impedido pasar por el agujero del ojo.

Mientras todo el caserón ardía, ambos subieron a un furgón y

poniéndolo en marcha, escaparon de la granja mientras el cielo se cubría de abejas furiosas y desconcertadas. Su reina acababa de morir y la futura reina se negaba a ser coronada y huía de aquel terror a gran velocidad.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts